

LOS EXTRAÑOS Y LOS DESCONOCIDOS

Una obra de teatro de **Daniel Torrado**

TFM Master Escritura Creativa

Facultad de Comunicación. Universidad de Sevilla

Curso 2010/11. Convocatoria Septiembre 2011

Tutora: Dra. Virginia Guarinos



“El miedo es una anticipación del sufrimiento”

Pierre Gassendi
(1592 – 1655)

*Sacerdote católico, filósofo,
astrónomo y matemático francés.*

LOS EXTRAÑOS Y LOS DESCONOCIDOS

PERSONAJES PRINCIPALES

Madre | **ELVIRA** | *cuarenta y dos*

Padre | **ISMAEL** | *cuarenta y tres*

Hijo | **LIBERTO** | *diecisiete*

Abuelo | **GASPAR** | *sesenta y siete*

ESCENA 1

Mediodía. Salón de un piso nuevo, a estrenar, sin amueblar. Tan solo hay una escalera de caracol metálica negra, en el lado izquierdo, que sube hasta la segunda planta del dúplex, donde están los dormitorios y el baño. A la derecha, una puerta que comunica el salón con la cocina. Y en la pared frontal, en el centro, la puerta de entrada a la vivienda y dos ventanales de cristales traslúcidos, uno a cada lado, que dan a patios interiores.

Se oye el sonido de la cerradura. La puerta se abre. Ismael y Elvira entran cargados de cajas y arrastrando maletas. Las dejan en el suelo, levantan la vista y observan el salón.

ISMAEL.— ¿No te quejarás, eh? *(Pausa)* No está nada mal. Nuevo, amplio, luminoso...

ELVIRA.— ¿Y los muebles? ¿Dónde están?

ISMAEL.— ¿Muebles? No te dije que estuviera amueblado.

ELVIRA.— Tampoco me dijiste que no lo estaba. Lo di por hecho.

ISMAEL.— Mujer, qué más quieres. Bastante se ha molestado ya mi nuevo jefe. Nos ha conseguido este piso de un día para otro.

ELVIRA.— Lo dices como si lo fuera a pagar él. Le salía más barato meternos a todos en este cuchitril del extrarradio madrileño que pagarnos un hotel. *(Pausa)* Te podía haber dado, al menos, un par de semanas para que nos pudiéramos instalar con calma.

ISMAEL.— No había tiempo. Ha trasladado a otro corresponsal y me necesitaba ya aquí.

ELVIRA.— Ya, claro. Para los jefes, el tiempo de los demás nunca vale nada.

Elvira se acerca a la escalera de caracol y toca con la mano los peldaños que están a la altura de su cintura. Recorre con su mirada la escalera hasta llegar a la planta de arriba.

¿Y si ha puesto cámaras ocultas por la casa, para observarnos? En la televisión hay mucho depravado. Podría vernos, incluso, haciendo el amor.

ISMAEL.— Estate tranquila. Para eso tendríamos que hacerlo. Al menos una vez.

Elvira se acerca a la puerta de entrada de la vivienda, que han dejado abierta. Mira detenidamente la cerradura.

ELVIRA.— Tenemos que cambiar la cerradura. Alguien podría tener las llaves y entrar por la noche a robarnos. He oído que ahora utilizan un gas inodoro para dormir a los inquilinos...

ISMAEL.— Elvira, es un piso a estrenar. Nadie ha vivido aquí antes.

ELVIRA.— Lo sé. Pero, ¿y la gente que ha estado trabajando en él? Pintores, electricistas... Alguno podría haber hecho una copia. No me fío.

Entran en el piso Liberto, que sujeta con las dos manos la jaula de su mascota, un hámster, y Gaspar, que agarra dos pequeñas bolsitas. Se adentran en el salón y lo observan con desagrado.

(A Gaspar) ¿Dónde os habíais metido?

GASPAR.— El ascensor es muy lento. Como tarde en bajar lo mismo que en subir, la próxima vez me tiro por la ventana. Llegaré antes a la calle.

LIBERTO.— (Asustado) ¿Por la ventana?

ISMAEL.— No, hijo...

Elvira se aproxima a Gaspar.

ELVIRA.— (Por lo bajini) Papá, por favor. ¿Puedes tener un poco de cuidado con lo que dices?

GASPAR.— Es verdad. *(Pausa)* Lo mejor será que baje escalando por la fachada, sujetándome a las tuberías del gas natural.

ELVIRA.— ¡Papá!

ISMAEL.— Todavía no me habéis dicho qué os parece nuestro nuevo hogar. ¿Os gusta?

LIBERTO.— ¿Y los muebles? ¿Los han robado?

ISMAEL.— No, no. Tenemos que ir a comprarlos. ¡Prepárate para estrenar dormitorio!

LIBERTO.— A mí me gustaba el mío de antes.

ISMAEL.— ¡Pero si aún no sabes cómo es éste! Ven, vamos a subir a verlo.

Ismael y Liberto suben por la escalera de caracol a la planta de arriba.

GASPAR.— *(A Elvira)* A mí también me gustaba mi casa de antes. La mía, ya sabes, en-la-que-he-vivido-durante-los-últimos-cuarenta-y-cinco-años.

ELVIRA.— Papá, no empieces otra vez. No te podías quedar solo en Sevilla. Aquí vas a estar mejor. Ya lo verás.

GASPAR.— Tienes razón, hija. *(Dramatizando)* Un hombre mayor, tanto tiempo solo en casa... ¡Quién sabe qué locuras podría llegar a cometer!

Ismael y Liberto bajan por la escalera de nuevo al salón. El vistazo a las habitaciones de arriba ha sido fugaz.

ELVIRA.— Imagínate que te da un golpe de calor. O un ictus. O un infarto. ¡Nadie se enteraría! Mientras que aquí, con nosotros...

GASPAR.— Prefiero una muerte más dulce, si no te importa.

LIBERTO.— A mí también me han dado golpes de calor. En la cara, cuando abro el horno para sacar las pizzas.

Todos ríen espontáneamente la ocurrencia de Liberto. Ismael se sitúa entre Elvira y Liberto y les echa los brazos cariñosamente por encima de los hombros.

GASPAR.— ¿Qué, Liberto? *(Guiñándole un ojo y señalando con el dedo las habitaciones de la segunda planta)* ¿Qué tiempo hace ahí arriba?

LIBERTO.— Pues... cielos totalmente cubiertos con alto riesgo de precipitaciones...

Ismael y Elvira se miran extrañados mientras Gaspar y Liberto sonríen cómplicemente.

GASPAR.— Nubarrones. Me lo imaginaba.

ISMAEL.— ¡Bueno, familia! ¿Quién se apunta esta tarde a ir a Ikea?
Un par de horitas, y compramos todo lo que nos hace falta...

GASPAR.— Conmigo no contéis. Ir a Ikea es como hacer el Camino de Santiago. Detesto las peregrinaciones. *(Pausa)* A mí, compradme un balancín de diseño. Todos los viejos tienen uno. Y yo no quiero ser menos.

ELVIRA.— Podrías mostrar un poquito de entusiasmo.

GASPAR.— Tienes razón. *(Pausa)* ¡Viva la república independiente de VUESTRA casa!

LIBERTO.— ¡Viva! ¡Viva!

ISMAEL.— Voy a bajar de nuevo al coche a por más cajas. ¿Líber, vienes conmigo?

Liberto e Ismael salen del piso para bajar al garaje. Elvira y Gaspar se quedan solos. Elvira empieza a colocar las maletas y las cajas por las esquinas del salón mientras Gaspar la observa inmóvil, con gesto serio.

ELVIRA.— Papá, ¿me puedes ayudar, por favor?

GASPAR.— No sabía que los bultos sin voz ni voto teníamos que colaborar también. A mis compañeras las cajas no las veo mover ni un dedo.

Elvira se acerca a Gaspar y lo mira a los ojos.

ELVIRA.— Tengo más razones que tú para estar de mal humor.
(Pausa) Esta ciudad es el infierno en la tierra. Contaminación,
antenas, tráfico, obras, gente peligrosa...

GASPAR.— Hablas como si en Sevilla no hubiera nada de eso.

ELVIRA.— No es lo mismo. Aquí todo se multiplica. Además,
Ismael me había dicho que el piso estaba en el centro, y esto
puede que sea el centro, pero de las afueras. (Pausa) Yo no sé si
Liberto va a poder desenvolverse bien aquí...

GASPAR.— Te recuerdo que me has obligado a venir con vosotros.
He tenido que dejarlo todo. Creo que tengo derecho a
quejarme.

ELVIRA.— ¿Puedes dejar de pensar en ti aunque solo sea por un
momento?

Gaspar suspira y le agarra la mano cariñosamente a Elvira.

GASPAR.— ¿Y tú, hija mía? ¿Puedes intentar ser feliz, aunque solo
sea por tu familia?

ELVIRA.— Me preocupa Liberto. Es muy confiado, y Madrid es
demasiado hostil. Me da miedo que alguien intente hacerle
daño.

GASPAR.— Hay mal nacidos en todas partes. *(Pausa)* Además, Liberto es un chico muy listo.

Elvira suelta la mano de Gaspar.

ELVIRA.— No es cuestión de inteligencia, ya lo sabes. Liberto no distingue entre buenas y malas intenciones. Se guía por lo que ve y por lo que escucha. *(Pausa)* Es muy inocente.

Liberto e Ismael vuelven a entrar en el piso cargados con más cajas y bolsas. Las van dejando en diferentes partes del salón.

ISMAEL.— *(A Elvira)* Con este viaje ya hemos dejado el coche casi vacío.

LIBERTO.— ¿Y cuándo volveremos a Sevilla? Yo quiero volver ya. Y el abuelo también.

ELVIRA.— Ahora vamos a estar una temporada aquí. Papá va a trabajar en una cadena de televisión muy importante.

LIBERTO.— No me gusta esta casa. Aquí no hay nada. *(Pausa)* Y no me gusta esta ciudad. No conozco a nadie.

ISMAEL.— Eso es cuestión de tiempo. Cuando empieces las clases del curso, dentro de unos días, vas a conocer a mucha gente nueva.

LIBERTO.— ¿Habrá españoles?

ISMAEL.— Claro que sí. ¿Por qué?

LIBERTO.— ¿Y habrá inmigrantes?

ISMAEL.— También, supongo. Esta ciudad es muy cosmopolita.

LIBERTO.— Mamá me ha dicho que no hable con ningún inmigrante.

Ismael y Gaspar clavan su mirada en Elvira, que se sonroja.

ELVIRA.— Yo solo le dije que fuera prudente con los extranjeros.
(Pausa) No conocen bien el idioma y puede haber malentendidos...

ISMAEL.— ¿Malentendidos? Ya...

GASPAR.— (A Elvira) No te preocupes. Ese curso es de pago, y a ti solo te dan miedo los inmigrantes pobres.

ISMAEL.— Liberto, puedes hablar con quien tú quieras. Ya eres mayor para elegir a tus amigos.

ELVIRA.— Aunque siempre es mejor que nos consultes antes...

LIBERTO.— ¡Eso! ¡Ya tengo casi dieciocho!

ISMAEL.— Lo importante ahora es empezar nuestra nueva vida con buen pié. Así que, venga, todos a la calle. Os voy a invitar a almorzar.

LIBERTO.— ¡Yo elijo el sitio, yo lo elijo!

*Ismael y Elvira abren la puerta y salen del piso. Tras ellos,
Liberto y Gaspar.*

GASPAR.— *(A Liberto, por lo bajini)* Es una trampa, niño. Tu padre lo que quiere es que luego le ayudemos a cargar con los muebles. Ya lo verás.

Liberto y Gaspar salen del piso. La puerta se cierra.

Oscuro.

ESCENA 2

Escena intemporal. Irreal, quizás. O quizás, no. Iluminación fría.

El escenario está a oscuras. De repente, un cañón de luz azulada ilumina a Ismael, que se encuentra de pie, al principio del pasillo central del patio de butacas. Está situado de frente al auditorio, de espaldas al escenario. Viste camisa y americana. Sujeta con la mano derecha un micrófono con el logo de la cadena para la que trabaja. Con la izquierda, agarra una libreta y un bolígrafo.

VOZ MASCULINA.— *(Off)* Cinco, cuatro...

Ismael levanta la vista de la libreta, mira al frente y, después de tres segundos, comienza a hablar.

ISMAEL.— Buenas tardes, hoy Madrid ha desayunado con el último informe elaborado por la Policía en el que se recogen los resultados de dos importantes aspectos de la capital: el índice de criminalidad y el índice de seguridad ciudadana. El contraste entre ambos datos refleja una preocupante contradicción. *(Pausa)* Por un lado, Madrid se sitúa a la cabeza de España con la tasa de criminalidad más alta del país. *(Mira la libreta)* Una tasa del 65,4 por ciento por cada mil habitantes. Un índice que va en aumento y que sube cuatro puntos

respecto al año anterior. *(Pausa)* Por otro lado, el índice de seguridad ciudadana también sube cinco puntos, y sitúa a Madrid como la segunda ciudad más segura de Europa después de Viena. *(Pausa)* ¿Por qué nuestra percepción de la seguridad no está relacionada con el aumento de la delincuencia en nuestras calles? ¿Acaso no somos conscientes de los peligros que conviven con nosotros en la ciudad?

Ismael empieza a caminar lentamente dirigiendo su mirada, ahora sí, a los espectadores presentes. Rompe la “cuarta pared” y los hace partícipes de su speech.

Cada día somos más confiados. Esa podría ser la conclusión. *(Pausa)* Confiamos en los demás, pero no solo en las personas de nuestro círculo más íntimo, sino también en la gente que nos rodea, en las personas que nos cruzamos cada día al ir al trabajo o a la compra. *(Pausa)* Confiamos en cualquier extraño sin darnos cuenta de que esa confianza, ese exceso de confianza, puede hacernos correr grave peligro.

Ismael se acerca hasta una butaca vacía pegada al pasillo y se sienta en ella. El cañón de luz azulada continúa iluminándole. Ismael deja la libreta en el suelo pero sigue sujetando el micro con la mano derecha.

Nos sentamos tranquilamente en la butaca de un teatro sin conocer la identidad de quien tenemos alrededor. A tan solo, unos centímetros. *(Pausa. Al público)* Miren, miren a su lado. A ambos lados. *(Pausa)* ¿Saben quién es el adolescente de su

derecha o la señora de su izquierda? Puede que sea un joven estudiante o tal vez una sufrida ama de casa. Pero también podría ser un loco o un asesino. *(Pausa)* Nos molesta el ruido que hace al mascar chicle y decidimos llamarle la atención... *(Se levanta repentinamente de la butaca y hace un barrido con su mirada por todo el auditorio)* ¡Cuidado! Nadie conoce lo que pasa por su cabeza. Un mal gesto o una palabra equivocada y... ya saben lo que puede ocurrir. Ha sucedido muchas veces. *(Pausa)* Sin duda, los que están junto al pasillo son los más afortunados. Gente con suerte. Solo un asiento contiguo. Solo un extraño al lado. *(Pausa)* Más posibilidades de seguir con vida.

Ismael se dirige al principio del pasillo central del patio de butacas, desde donde empezó su speech.

Recuerden algo importante: nadie conoce a nadie.

El cañón de luz azulada se apaga.

Oscuro.

ESCENA 3

Es por la mañana. El salón del piso ya está prácticamente amueblado según los cánones del diseño sueco. En la parte izquierda, junto a la escalera de caracol, hay una mesa escritorio con un ordenador y una silla, una estantería llena de libros, y un pequeño mueble bar. En el lado derecho, en primer término, un sofá rojo esquinado y un balancín de madera, una mesa baja de cristal, y una lámpara de pie. En segundo término, una mesa de comedor y cuatro sillas. En la esquina derecha, frente al sofá, un mueble bajo negro con un plasma.

Elvira limpia los muebles y coloca algunos objetos de decoración con la ayuda de Liberto.

ELVIRA.— ¿Ves, Liberto? Con un poco de esfuerzo hemos montado los muebles en tiempo récord. ¡No me digas que esto no parece ya una casa de verdad!

LIBERTO.— Casi no he podido dormir esta noche con el ruido de los golpes.

ELVIRA.— No te quejes, que papá y yo tampoco hemos dormido apenas. Y encima, él, se ha tenido que levantar temprano para ir a trabajar.

LIBERTO.— Podríamos haberlos montado poco a poco.

ELVIRA.— No quería tener la sensación de vivir de prestado en un piso alquilado. *(Pausa)* Coge esto un momento. *(Elvira le da a Liberto un jarrón para que lo sujete mientras ella le pasa la bayeta a la superficie de un mueble)* Además, has sido el único que ha descansado esta noche.

LIBERTO.— ¿El abuelo tampoco ha podido dormir?

ELVIRA.— Ya puedes colocar el jarrón. *(Liberto pone el jarrón encima del mueble)* Perfecto. *(Pausa)* El abuelo siempre dice que no duerme. Si fuera verdad llevaría despierto varios años.

Liberto se queda pensativo durante un instante mientras Elvira sigue sacándole brillo a los muebles.

LIBERTO.— Sí, desde que...

ELVIRA.— *(Cortante)* No hablemos de eso ahora... Venga, vamos a seguir ordenando el salón.

Elvira se acerca al sofá y sacude con sus manos, uno a uno, los cojines.

LIBERTO.— ¡Nunca se puede hablar de eso!

ELVIRA.— Sabes que no me gusta recordarlo.

LIBERTO.— Pues que sepas que cuando tú te mueras te voy a recordar todos los días. Aunque no quieras.

ELVIRA.— Me parece bien. Yo ya no estaré aquí para verlo.

LIBERTO.— Prométeme que si me muero yo antes, también te acordarás de mí.

ELVIRA.— Liberto, por favor, basta.

LIBERTO.— ¡Prométemelo!

ELVIRA.— *(Suspira)* De acueerdo, te lo promeeeto.

LIBERTO.— No te creo. Lo estás diciendo para que me calle. Prométeme también que cuando me muera arrojarás mis cenizas al río desde el Puente de Triana.

ELVIRA.— *(Para sí misma)* ¡De quién habrá heredado este hijo mío la vena *sevillita*! *(A Liberto)* Vaaale... Te lo prometo.

LIBERTO.— ¿Seguro? Tiene que ser desde ese puente y no desde otro. Los otros no me gustan.

ELVIRA.— Seguuuro. *(Pausa)* Además, puedes estar tranquilo porque yo me moriré antes.

LIBERTO.— ¿Tú? ¿Por qué?

ELVIRA.— Porque los padres siempre mueren antes que los hijos.
Es ley de vida.

Liberto se queda pensativo y se sienta en el sofá. Elvira se acerca a la jaula del hámster de Liberto, que está en el suelo, cerca de la puerta de entrada. La coge.

Por cierto, tú vas a prometerme también algo a mí. Te vas a encargar de limpiar semanalmente la jaula de tu mascota.

LIBERTO.— Semanalmente es demasiado a menudo. Voy a alterar su hábitat. *(Liberto se levanta y le quita la jaula de las manos a Elvira. La pone sobre el sofá)* ¿No puede ser cada quince días?

ELVIRA.— No, no puede ser. Y quita la jaula del sofá que ése no es un sitio apropiado para dejarla.

Liberto coge de nuevo la jaula y la pone encima de la mesa baja de cristal que hay junto al sofá.

LIBERTO.— *(Al hámster)* ¿Te gusta más este sitio? Desde aquí nos puedes ver a todos, Currito.

ELVIRA.— No, ahí tampoco. La jaula no es un objeto de decoración. Y deja de hablarle como si te entendiera. Solo los locos hablan con los animales.

Elvira coge la jaula y la coloca encima del mueble que hay bajo la escalera, junto al escritorio.

Éste es un buen lugar para tu ratón, y no en mitad del salón como si fuera un centro de mesa.

LIBERTO.— No es un ratón, es un hámster. Y además tiene nombre. Si no quieres que lo deje en el salón, me lo subo a mi cuarto y ya está.

ELVIRA.— En tu cuarto, menos aún. Un día puede escaparse y hacerte cualquier cosa mientras duermes.

LIBERTO.— Currito es inofensivo, que lo sepas. ¡Siempre tengo que hacer lo que tú quieras! Verás cuando cumpla dieciocho. ¡Voy a hacer lo que me dé la gana y me voy a llevar a Currito a mi dormitorio!

Suena el timbre. Liberto da un brinco de alegría y se dirige hacia la puerta pero Elvira lo detiene y le hace una señal con la mano para que se quede quieto. Elvira se acerca a la puerta, extrañada, y mira por la mirilla. Después de pensárselo durante unos segundos, abre.

VECINA.— ¡Hola! ¡Buenos días! Me llamo Mónica, soy la vecina de al lado.

ELVIRA.— Buenos días, soy Elvira. *(Se dan dos besos)* Encantada.

Liberto se aproxima hasta el umbral de la puerta. La Vecina lo mira con curiosidad.

Él es mi hijo, Liberto.

VECINA.— ¡Qué hombretón tan guapo!

LIBERTO.— ¿Estás intentando ligar conmigo?

ELVIRA.— ¡Liberto! *(A la Vecina)* ¿Necesita algo?

VECINA.— No, no. Y háblame de tú, chica, que soy más joven de lo que aparento. Yo solo venía a daros la bienvenida. *(Pausa)*
Porque os acabáis de mudar ¿no?

ELVIRA.— Sí, ayer mismo.

La Vecina, en un exceso de confianza, se adentra en el salón ante la incomodidad de Elvira, y observa boquiabierta el mobiliario.

VECINA.— ¿Y todo esto lo has montado en un solo día?

ELVIRA.— Bueno, mi marido, más bien.

LIBERTO.— Yo también he ayudado un poco.

VECINA.— ¡Qué manitas! Ojalá tuviera yo a uno así en casa. Me lo tienes que prestar un día.

La Vecina ríe con su propia ocurrencia pero Elvira está cortada, incómoda con su presencia.

Es broma, chica. Yo no quiero a ningún hombre en mi vida.

ELVIRA.— A veces es mejor estar sola que mal acompañada.

VECINA.— No, sola, no. No quiero hombres. Mujeres, todas las que vengan.

Elvira ríe nerviosamente.

ELVIRA.— Ah, claro, claro, ya comprendo.

VECINA.— Bueno, ya habrá tiempo de hablar de nuestras cosas. Hoy solo he venido a saludaros y a deciros que si necesitáis algo, no tenéis nada más que llamar a mi puerta. Iba a haceros un pastel, pero me parecía un detalle demasiado americano. Otro día os invito a un buen cocido.

LIBERTO.— ¡Un pastel!

VECINA.— ¿Te gustan los dulces?

LIBERTO.— Sí, mucho. Sobre todo los de chocolate.

VECINA.— Pues entonces te haré uno más adelante.

LIBERTO.— ¡Eso, eso! Por mi cumple.

ELVIRA.— Liberto, por favor, no seas descarado.

VECINA.— *(A Elvira)* No te preocupes, chica. Me encanta la repostería. *(A Liberto)* Tú me avisas el día antes y te lo preparo, ¿de acuerdo?

LIBERTO.— Solo faltan cuatro días. ¡Voy a cumplir dieciocho, y voy a hacer lo que quiera!

VECINA.— Eso mismo dije yo cuando cumplí los cuarenta y todavía estoy en ello. Te deseo más suerte a ti, guapetón.

Elvira hace el amago de invitar a la Vecina a marcharse.

ELVIRA.— Pues... muchas gracias por la visita, Mónica. Nosotros vamos a seguir terminado de ordenar un poco el salón, que mi marido y mi padre deben de estar al llegar.

VECINA.— ¿Ordenar? ¡Pero qué dices, chica! Si ya lo tienes perfecto. ¡Menos limpiar y más disfrutar! Un día te voy a llevar de fiesta por los mejores locales de Madrid. ¡No vas a querer volver a tu casa!

ELVIRA.— Sí, un día...

VECINA.— Por cierto, soy una maleducada. No os he preguntado de dónde sois, aunque con ese acento tan gracioso...

LIBERTO.— De Sevilla, *(forzando el acento)* más bonita que ninguna.

VECINA.— Ay, Sevilla... Cómo me gusta esa ciudad. Con su Feria de Abril, su Giralda...

LIBERTO.— La Giralda es el pasado. Ya nadie va a visitarla.

ELVIRA.— Liberto, no entretengas a Mónica... Seguro que también tiene muchas cosas que hacer...

VECINA.— *(A Liberto)* ¿Y eso? ¿Por qué?

LIBERTO.— Ahora está de moda subir a *Las Setas*. Todo el mundo habla de ellas.

VECINA.— *¿Las Setas?*

LIBERTO.— El Metropol Parasol, un mirador gigantesco que han inaugurado hace poco en el centro.

ELVIRA.— *(Zanjando la conversación)* Sí. Ha sido muy controvertido. Un despilfarro. A Liberto le encanta hablar de él una y otra vez. Está obsesionado.

LIBERTO.— Me encanta. Me recuerda al *Grito*, de Munch. Es mi cuadro favorito.

ELVIRA.— A mi también me recuerda..., pero porque cuando paso por debajo solo me dan ganas de gritar.

VECINA.— *(A Elvira)* Te comprendo perfectamente. Aquí pasa lo mismo. Aunque si yo gritara cada vez que me tropiezo con una obra, hace tiempo que me hubiera quedado muda. *(A Liberto)* Como los mimos de la Gran Vía.

LIBERTO.— ¿Hay mimos en la Gran Vía? ¡Me gustan los mimos! En Sevilla es difícil ver alguno. En el centro solo hay gitanas que persiguen a los turistas con ramitas de romero.

VECINA.— Sí, aquí hay muchos. Yo diría que han salido como...
setas...

La Vecina y Liberto ríen cómplicemente. Elvira corta el momento.

ELVIRA.— Bueno, tengo que dejarte, Mónica. Que se me echa el tiempo encima y aún no he empezado a preparar la comida.

Elvira dirige de forma sutil a la Vecina hasta la puerta, que se da cuenta de la intención de Elvira y se despide apresuradamente.

VECINA.— Es verdad, que nos ponemos a hablar de nuestras cosas y no hay quien nos calle. Me voy a preparar algo yo también, que los solteros también tenemos estómago. *(Pausa. A Elvira)* Menos cuando salimos por la noche, tú ya me entiendes... *(La Vecina ríe con su comentario)* Volveré otro día con más calma.

ELVIRA.— Sí. *(Pausa)* O, si no, ya me paso yo mejor por tu piso Así me lo enseñas.

VECINA.— De acuerdo. Cuando quieras. Hasta luego.

ELVIRA.— Adiós, adiós.

La Vecina abandona la casa y Elvira cierra la puerta con un suspiro de alivio.

Oscuro.

ESCENA 4

Es de noche. Elvira está sola en el piso y se encuentra en el salón poniendo la mesa para la cena. Tiene gesto serio, preocupado. Mira su reloj. Coloca vasos y platos para todos. Entra en la cocina y sale de ella con servilletas y una botella de agua.

Suena la cerradura. Dos vueltas de llave. La puerta se abre. Es Ismael, que vuelve del trabajo.

ISMAEL.— ¿Por qué echas la llave si estás en casa?

ELVIRA.— Por precaución. Me siento más segura.

ISMAEL.— ¿Más segura de quién? *(Jocosos)* Ah, te refieres a los malos que nos acechan desde el otro lado de la puerta...

Ismael se adentra en el salón y se acerca a Elvira para darle un beso en la boca. Elvira gira la cara y le pone la mejilla.

Ummm, qué bien huele... ¿Qué has preparado?

ELVIRA.— Ahora lo verás. Ve a cambiarte.

ISMAEL.— ¿Y tus otros dos hombres de la casa? ¿Dónde están?

ELVIRA.— Eso me gustaría saber a mí. Han ido al centro. Liberto quería ver los mimos de la Gran Vía. Salieron hace tres horas y aún no han vuelto.

ISMAEL.— Se habrán entretenido. Madrid es muy grande y tiene muchas cosas que ver, no solo los mimos.

ELVIRA.— Sí. Madrid es demasiado grande para nosotros. Tú lo has dicho.

ISMAEL.— Elvira, es la primera vez que salen solos. Todavía no calculan bien las distancias. *(Pausa)* O, quizás se han despistado en el metro.

Ismael se agacha para descalzarse. Se quita los zapatos y se pone unas zapatillas de estar en casa.

Parece que los estuviera viendo. Tu padre diciendo que es en una dirección y tu hijo, en la otra. Los dos, tercos como mulas. Como se equivoquen de parada pueden aparecer en la Casa de Campo.

ELVIRA.— Cualquiera que te oiga pensaría que te parece hasta divertido.

ISMAEL.— Hombre, que aparezcan por allí tiene su gracia... A lo mejor tu padre aprovecha y...

Elvira se sienta en una de las sillas de la mesa. Ismael se adentra en la cocina.

ELVIRA.— ¿Y si se han entretenido con alguien?

ISMAEL.— *(Off)* Pero si no conocen a nadie, Elvira.

ELVIRA.— Con algún extraño. Con alguien que los haya visto solos, deambulando sin rumbo, y se haya acercado a ellos con alguna intención oculta.

Ismael sale de la cocina comiéndose una croqueta y sujetando otra con los dedos.

ISMAEL.— ¡Riquísimas! *(Pausa. Mastica. Traga saliva. Ismael mira su reloj)* Apenas son las nueve de la noche. Aún están todos los comercios abiertos. Por qué no piensas que, simplemente, se han podido entretener, sin más.

Ismael se mete la otra croqueta en la boca. Mastica.

ELVIRA.— Porque me dijeron que estarían aquí a las ocho y media. Y son las nueve. Y porque me da miedo esta ciudad. No me fío de su gente.

ISMAEL.— ¿De qué gente? ¡Cómo puedes generalizar con esa ligereza!

Elvira se levanta de la silla y coge a Ismael del brazo, mirándole a los ojos.

ELVIRA.— No has visto cómo se ha comportado Liberto con la vecina. Era la primera vez que la veía y parecía que la conocía de toda la vida.

ISMAEL.— ¿La vecina? ¿Qué vecina?

ELVIRA.— La de la puerta de al lado. Una solterona lesbiana que, si no le llego a parar los pies, se hubiera metido hasta en nuestra cama.

ISMAEL.— *(Jocoso)* Mi fantasía sexual, a un paso de convertirse en realidad.

ELVIRA.— Te estoy hablando en serio.

ISMAEL.— Seguro que estás exagerando. Lo más probable es que haya venido a ofrecernos su hospitalidad. Aún quedan buenas personas. *(Irónico)* Incluso en Madrid.

ELVIRA.— No me fío de las personas bondadosas. Siempre esconden algo.

ISMAEL.— Tienes un problema. No tienes ningún derecho a juzgar a la gente con tanta dureza.

ELVIRA.— Liberto es como un niño, es muy confiado. Debería preocuparte a ti también.

ISMAEL.— ¿Te asusta que tu hijo tenga buen corazón y que sea sociable?

ELVIRA.— No. Me asusta que los demás no lo tengan y que se acerquen a él de con malas intenciones. *(Pausa)* Además...

Silencio. Elvira se lleva las manos a la boca, preocupada.

ISMAEL.— ¿Qué pasa, Elvira?

Elvira traga saliva mientras Ismael la mira con inquietud.

Dime, por favor. ¿Qué ocurre?

Elvira no puede contener las lágrimas. Ismael la abraza durante unos segundos.

ELVIRA.— Además... está obsesionado con cumplir los dieciocho. Hoy no ha parado de decirme que cuando los tenga hará lo que quiera sin preguntarnos.

ISMAEL.— Pero eso es normal. Todos los chicos se pasan la adolescencia deseando cumplir dieciocho porque piensan que se hacen mayores de repente.

ELVIRA.— No, Ismael. Para Liberto es diferente. Hemos estado toda la vida impidiéndole que hiciera cosas con la excusa de que no era mayor de edad, y ahora...

ISMAEL.— Liberto lo único que quiere es un poco más de independencia. No puedes seguir tratándolo como si fuera un niño. *(Pausa)* Estoy seguro de que muchas veces se siente como un marciano, con nosotros. Comportate de una manera natural con él y se sentirá más a gusto.

ELVIRA.— Para ti es muy fácil decir todo eso. Tú solo piensas en tu trabajo, en tu ascenso, y no tienes en cuenta nada más.

ISMAEL.— Que yo no sea un paranoico no significa que no me preocupe por mi hijo.

ELVIRA.— ¿Paranoica? ¿Yo? Que yo sea paranoica no quiere decir que el peligro no sea real. *(Pausa)* Primero nos arrastras a todos a esta ratonera de ciudad y, ahora, me das consejos de cómo tratar a nuestro hijo... *(Pausa)* ¿Sabes cómo me siento desde que llegamos?

ISMAEL.— ¿Y yo? ¿Sabes cómo me siento yo? *(Pausa)* Empiezas hablándome de Liberto, que si tal, que si cual, y al final me terminas diciendo que eres tú la que no está bien aquí. ¡No lo utilices como excusa!

ELVIRA.— Si yo no estoy bien es porque me preocupo por él. Porque esta ciudad es una jungla.

ISMAEL.— Solo llevamos un par de días en Madrid. ¿Eso es todo el tiempo que puedes aguantar por mí? Llevo años intentando conseguir esta oportunidad. Esperaba un poco más de comprensión y de paciencia por tu parte, la verdad.

Silencio. Elvira agacha la cabeza. Mira su reloj.

ELVIRA.— Ya son las nueve y media. ¿Sigo sin tener derecho a ponerme nerviosa? Voy a llamar a mi padre.

ISMAEL.— ¿Llevas una hora preocupada y no se te ha ocurrido llamarlo antes?

ELVIRA.— Me prohibió que lo hiciera. Me dijo que si lo llamaba para controlarlo no se llevaría el móvil nunca más.

ISMAEL.— Un chantaje brillante. Tu padre es un genio.

Elvira se acerca al escritorio, donde está el teléfono fijo y llama a Gaspar al móvil.

ELVIRA.— Sale el buzón de voz. Lo tiene apagado.

ISMAEL.— Si le hubiéramos comprado uno a Liberto, tendrías una posibilidad más de localizarlos.

ELVIRA.— No empieces otra vez con eso. Me da miedo tanta radiación. Los móviles no son un juguete. Son nocivos para la salud.

ISMAEL.— ¿Eso lo dices como ilustradora de cuentos infantiles o como científica? Todos los chicos de hoy... ¿Qué digo chicos...? ¡Todo el mundo tiene un móvil y a nadie le ha pasado nada!

ELVIRA.— Nada, que sepamos... Todavía es demasiado pronto para saberlo. Dale unos años más a la telefonía móvil y empezaremos a conocer el alcance de sus peligros...

ISMAEL.— Con tu padre no pusiste tantos reparos.

ELVIRA.— Mi padre es un hombre mayor que vivía solo. Se lo compré porque lo necesitaba.

ISMAEL.— Porque lo necesitabas tú, querrás decir. Necesitabas tenerlo localizado a todas horas.

ELVIRA.— Mi padre tiene sesenta y seis años. Mi hijo, diecisiete y toda la vida por delante. No sabemos como puede afectarle la radiación a su...

ISMAEL.— Lo que sí sabemos es cómo nos afectan a todos tus manías.

ELVIRA.— Estoy segura de que les ha pasado algo. Voy a llamar ahora mismo a la Policía.

Oscuro.

ESCENA 5

Escena intemporal. Irreal, quizás. O quizás, no. Iluminación fría.

Elvira e Ismael están sentados en el sofá viendo la tele. El salón está en penumbra, solo iluminado por la luz azulada que proyecta el televisor. Elvira tiene las piernas encogidas, subidas en el sofá, y apoya su cabeza en el hombro derecho de Ismael. Se escucha una música típica de cabecera de informativos.

ELVIRA.— Este presentador es infumable. Está acartonado. Deberían despedirlo y ponerte a ti en su lugar.

ISMAEL.— Me gusta trabajar a pie de calle. Los que trabajan desde el plató corren un riesgo mayor de convertirse en imbéciles.

ELVIRA.— Te prefiero imbécil pero vivo. En la calle, un día de estos, te va a pasar cualquier cosa.

ISMAEL.— A nadie le gusta meterse en los charcos, pero alguien tiene que decir lo profundos que son. *(Pausa)* A ver lo que cuentan hoy...

Ismael y Elvira centran su mirada y su atención en el televisor.

VOZ MASCULINA.— *(Off)* Buenas noches. Abrimos el informativo con un trágico suceso que ha tenido lugar esta misma tarde en el centro de Madrid. Un anciano de unos setenta años de edad ha sido hallado muerto en un banco de la Puerta del Sol.

Elvira pega un brinco del sofá.

ELVIRA.— *(A Ismael)* Sube el volumen. ¡Rápido!

Ismael coge el mando a distancia de la mesa y sube el volumen del televisor.

VOZ MASCULINA.— *(Off)* El cadáver ha sido encontrado por unos turistas que paseaban por la céntrica plaza madrileña y que se percataron de la extraña postura del hombre. Fuentes médicas han determinado que el anciano llevaba muerto varias horas.

Elvira mira a Ismael aterrorizada.

ELVIRA.— ¡Es mi padre, Ismael! ¡Es mi padre!

ISMAEL.— ¿Por qué nadie nos ha llamado a casa? ¿Y si no es él?

ELVIRA.— Es él. Estoy segura.

ISMAEL.— Espera. Escucha, escucha...

Ismael se levanta del sofá. Elvira permanece sentada tapándose la cara con las manos. Llora.

VOZ MASCULINA.— *(Off)* Aún no se ha hecho público el informe oficial sobre las causas de su muerte aunque todo apunta a que ha podido sufrir un golpe de calor. Las altas temperaturas que soporta la capital desde hace unos días...

ELVIRA.— ¡Un golpe de calor! ¡Cómo ha podido ser! Aguantando toda su vida veranos de cincuenta grados en Sevilla y ahora... aquí...

Ismael se sienta de nuevo en el sofá junto a Elvira. La abraza.

ISMAEL.— Elvira, por favor, tranquilízate. Aún no han dicho el nombre. Nadie nos ha avisado.

ELVIRA.— Es por mi culpa. Yo le he obligado a venir aquí.

VOZ MASCULINA.— *(Off)* La policía todavía no ha querido desvelar la identidad del fallecido, aunque testigos presenciales han confirmado que se trata de un hombre de estatura media y con el pelo cano. *(Pausa)* Vamos ahora con otro suceso ocurrido en Vigo...

Elvira coge el mando a distancia y baja el volumen del televisor. Se muestra visiblemente asustada.

ELVIRA.— ¿Y Liberto? ¿Dónde está mi hijo?

ISMAEL.— No han dicho nada de él. *(Aturdido)* No entiendo nada.

ELVIRA.— Seguro que está solo por ahí, deambulando por las calles, desorientado...

ISMAEL.— Puede que esté intentando llegar a casa.

ELVIRA.— No, seguro que lo han visto solo y se lo han llevado...

ISMAEL.— ¿Quién?

Elvira está al borde de un ataque de nervios. Se muerde las uñas. Tiembla.

ELVIRA.— ¡No lo sé! ¡Alguien!

ISMAEL.— ¿Cómo? ¿A dónde?

ELVIRA.— *(Con voz entrecortada)* En coche. O en una furgoneta. *(Pausa)* Sin testigos. *(Pausa)* Lejos de aquí...

ISMAEL.— Pero, ¿por qué? Nadie es tan...

ELVIRA.— En Madrid hay muchas mafias. A lo mejor lo han secuestrado para matarlo y extirparle los órganos.

ISMAEL.— ¿Los órganos?

ELVIRA.— Sí, para venderlos en el mercado negro. Hay mucha gente rica y enferma que pagaría lo que fuera por un órgano sano.

ISMAEL.— Elvira, tranquilízate. Estamos en España. Eso no pasa aquí.

ELVIRA.— ¡Claro que pasa! ¡Tú mismo lo has contado en tu informativo alguna vez!

Silencio.

ISMAEL.— Tenemos que llamar ya a la Policía.

Ismael se levanta del sofá y se dirige al teléfono, lo descuelga y marca un número.

Buenas noches. ¿Policía?

Oscuro.

ESCENA 6

Continuación de la Escena 4, que quedó interrumpida, suspendida.

Misma noche. Ismael y Elvira están en el salón. La mesa ya está preparada y la cena, lista para servir. Gaspar y Liberto aún no han vuelto a casa.

ELVIRA.— Estoy segura de que les ha pasado algo. Voy a llamar ahora mismo a la Policía.

ISMAEL.— Elvira, por favor, puedes esperar un poco más. Te van a tomar por loca. Solo ha transcurrido una hora. ¿Sabes cuánta gente llega tarde a su casa cada día?

ELVIRA.— A mí no me importa la gente. Solo me importan mi padre y mi hijo.

Elvira se acerca al escritorio. Descuelga el teléfono y marca.

¿Policía? (...) Sí. Buenas noches. Llamo porque... ha pasado algo. (...) Mi padre y mi hijo han desaparecido. Quería saber si ustedes... (...) Sí. Gaspar Arellano Calderón y Liberto Malanver

Arellano. (...) Sí, aquí, en Madrid. (...) ¿Cómo? (...) ¿Cuánto?
Pues, no sé... un par de horas... (...) Sí, no cuelgo.

Silencio. Ismael se acerca a Elvira.

ISMAEL.— ¿Qué te han dicho?

*Elvira se despega durante un instante el teléfono de la oreja y
tapa el auricular de habla con una mano.*

ELVIRA.— *(En tono bajo, a Ismael)* Todavía nada. Lo están mirando.

*Elvira vuelve a ponerse el teléfono correctamente entre la oreja
y la boca.*

¿Qué? (...) ¿Nada? (...) ¿Puedo hacer entonces la denuncia
ahora mismo? (...) ¿Cuarenta y ocho horas? ¡Eso es mucho
tiempo! ¡Han desaparecido! Estoy segura de que les ha pasado
algo. (...) Nos acabamos de mudar y... (...) No. Los conozco muy
bien. Si se hubiesen perdido hubieran llamado a casa... (...) Por
favor... (...) Y no hay ninguna posibilidad de... (...) Está bien,
volveré a llamar más adelante.

Elvira cuelga el teléfono dando un golpe.

¡Es increíble! ¡Cuarenta y ocho horas! ¡Con todo lo que puede
ocurrir en ese tiempo! Si les hubiera hecho las chapitas...

ISMAEL.— ¿Chapitas? ¿De qué hablas?

ELVIRA.— Sí, unas chapitas con su nombre y nuestro teléfono. Para que las llevaran colgadas con una cadenita al cuello. Por si sufren un accidente, para que nos avisen inmediatamente.

ISMAEL.— Como le digas a tu padre que se ponga una chapita con su nombre se vuelve a Sevilla sin decir ni adiós. *(Pausa)* ¿Por qué no te tranquilizas un momento y piensas con lógica? *(Pausa)* Lo más probable es que se les haya ido el santo al cielo.

ELVIRA.— Sabes tan bien como yo que Liberto mira la hora cada diez minutos. Además, le dije que le iba a preparar croquetas de puchero, su comida favorita. Aunque hubiera tenido que traer a mi padre a rastras, hubiera llegado puntual.

Elvira vuelve al sofá. Se sienta. Ismael la sigue. También se sienta.

¿Y si se han perdido en un barrio marginal? ¿Y si los han cogido y les han robado todo lo que llevaban encima?

ISMAEL.— Tu padre es un hombre de mundo. Sabe distinguir perfectamente entre un barrio residencial y un suburbio.

ELVIRA.— A lo mejor los han atropellado y están heridos en algún hospital.

ISMAEL.— Nos hubieran avisado, Elvira.

Elvira se levanta y, nerviosa, empieza a dar vueltas por el salón. Ismael continúa sentado.

ELVIRA.— ¿Cómo? ¿Y si están inconscientes? Nadie puede saber dónde viven. Ni siquiera se han empadronado todavía. *(Pausa)* Si le hubieras dicho a tu jefe que necesitábamos, al menos, un par de semanas para preparar el traslado...

ISMAEL.— ¿Quieres culparme a mí ahora? ¿Eso te hace sentir mejor?

ELVIRA.— No. Lo que de verdad me haría sentir mejor es que me apoyaras en este momento. Siempre estoy sola cuando hay un problema.

Ismael se levanta del sofá como un resorte.

ISMAEL.— ¿Problema? Aquí el único problema que hay es tu facilidad para confundir la probabilidad con la posibilidad.

ELVIRA.— Parece mentira que tú, que te dedicas a contar desgracias ajenas, no creas que algún día nos puede tocar a nosotros.

ISMAEL.— No. Parece mentira que tú, que te dedicas a darle forma y color a los temores infantiles en tus ilustraciones, seas incapaz de ponerle cara, y nombre, a tus propios miedos.

ELVIRA.— Eso ha sido un golpe bajo. *(Pausa)* Está bien, no hace falta que hagas nada.

ISMAEL.— No, dime. ¿Qué quieres que haga?

ELVIRA.— Podrías coger el coche y dar una vuelta por ahí, a ver si los encuentras.

ISMAEL.— ¿Por ahí? ¿Tú sabes lo grande que es Madrid?

ELVIRA.— Por eso mismo. Yo me quedaré en casa y llamaré a todos los hospitales. Uno a uno. Llévate el móvil. El primero que sepa algo que llame al otro.

Ismael se acerca a Elvira y la mira fijamente a los ojos.

ISMAEL.— Quiero que sepas que voy a salir a buscarlos por ti. Porque estoy seguro de que están bien. *(Pausa)* Cuando vuelvan sanos y salvos te darás cuenta de que el problema lo tienes tú.

Ismael se aproxima al mueble de la entrada y coge las llaves de su coche. Se quita las zapatillas y vuelve a ponerse los zapatos. Elvira, por su parte, se acerca al escritorio y saca de un cajón una guía telefónica.

Suena el timbre. Ismael, que está a punto de salir del piso, abre la puerta.

Entran Gaspar y Liberto en actitud distendida, relajada.

GASPAR.— ¡Buenas noches, pareja! ¡Ya estamos de vuelta!

Ismael los observa con gesto reconfortado. Después dirige una mirada desafiante a Elvira, que se levanta de la silla del escritorio y se acerca a ellos.

ELVIRA.— ¿Vosotros sois unos inconscientes o simplemente tenéis mala memoria?

LIBERTO.— ¿Qué pasa? No hemos hecho nada.

ELVIRA.— ¿¡NADA!?! ¿Os parece poco llegar una hora tarde? ¡Tu padre y yo estábamos muy preocupados por vosotros!

Liberto busca con sus ojos la mirada de Ismael.

ISMAEL.— *(A Liberto)* Sobre todo tu madre. *(Pausa. A Elvira, serio)*
Voy a subir a cambiarme.

Ismael se dirige a la escalera de caracol y sube por ella hasta el dormitorio.

ELVIRA.— *(A Gaspar)* ¿Y tú, papá? ¿Para qué te compré un móvil, para que lo lleves apagado?

GASPAR.— Claro que no. ¿Me tomas por un estúpido? No lo he llevado apagado. Está arriba, en mi habitación.

ELVIRA.— ¿En tu habitación?

GASPAR.— No tenía batería. *(Pausa. A Liberto)* Parece que se avecina una fuerte tormenta... ¡Hombres a cubierta!

LIBERTO.— *(A Gaspar, cómplicemente)* Alerta amarilla por fuerte marejada en nuestras aguas...

GASPAR.— *(A Liberto, cómplicemente)* Vientos huracanados de componente sur...

ELVIRA.— ¡Encima os burláis! *(A Gaspar)* No sabes lo preocupada que estaba, la cantidad de cosas que se me han pasado por la mente.

Elvira mira a Liberto con intimidación. Liberto mira a su abuelo, que le hace un gesto para que suba a la planta de arriba.

LIBERTO.— Creo que yo también me voy a cambiar...

Liberto sube a su dormitorio por la escalera de caracol.

GASPAR.— *(A Elvira)* Pues no pienses tanto, hija mía. Pensar puede ser perjudicial para la salud. Lo dicen los médicos.

ELVIRA.— Ahórrate tus gracias para otro momento.

GASPAR.— Tengo casi setenta años. No sabía que tenía que llamar a casa como si fuera un adolescente para pedir-más-hora.

ELVIRA.— No, papá. Tienes que llamar a casa porque sabes que me preocupo. No creo que sea mucho pedir.

GASPAR.— ¿Sabes una cosa, hija? Antes eran los maridos, los que se iban a por tabaco y se marchaban para siempre de sus casas para no aguantar a sus mujeres.

ELVIRA.— ¿Y?

GASPAR.— Parece que ahora seremos los padres los que tendremos que irnos de casa para no aguantar a nuestros hijos.

ELVIRA.— Es tarde, papá. No voy a discutir más. Ahí tienes la puerta. Cuando quieras, te vas. *(Pausa)* Además, ya he pensado lo que voy a hacer. Yo no tengo necesidad de llevarme estos sofocos.

Ismael y Liberto bajan de nuevo al salón por la escalera de caracol, ya cambiados de ropa.

GASPAR.— ¿Nos vas a comprar un busca para tenernos localizados?

ELVIRA.— No necesito tanta tecnología. Mañana mismo voy a encargarme unas chapitas con nuestras señas para que las llevéis al cuello por si os pasa algo.

LIBERTO.— *(Ilusionado)* ¿Cómo si fuera una medallita del Jesús del Gran Poder?

ELVIRA.— Exacto, hijo.

GASPAR.— Prefiero que me pongas un chip en la oreja. Como hacen con los perros.

ISMAEL.— Ya está bien por hoy. *(Ismael mira primero a Elvira y luego a Gaspar)* Los dos. Vamos a cenar.

Elvira suspira y mira a Gaspar con indiferencia.

ELVIRA.— Voy a por las croquetas. Aunque ya estarán frías.

LIBERTO.— ¡Croquetas! ¡Bien!

Elvira se marcha a la cocina mientras Ismael y Gaspar y se sientan.

Liberto, que permanece de pie, estira los brazos y comienza a caminar de forma robótica y a mover la cabeza mecánicamente.

¿Quién soy? ¿Quién soy?

Ismael lo mira extrañado y mira luego a Gaspar.

GASPAR.— A ver si lo adivino... *(A Ismael, por lo bajini)* Ha venido todo el camino haciendo figuras con el cuerpo. Se ha quedado fascinado con los mimos y las estatuas humanas de la Gran Vía.

LIBERTO.— ¡Venga, abuelo! ¡El tiempo se acaba!

GASPAR.— Ya lo sé, ya lo sé... ¡Michael Jackson!

LIBERTO.— ¡No! ¡Venga, otra oportunidad!

GASPAR.— ¡Frankenstein!

LIBERTO.— ¡No! ¡Abuelo, es muy fácil!

ISMAEL.— ¿Puedo decirlo yo? (*Liberto asiente con entusiasmo*) Eres el Hombre de Hojalata, de *El Mago de Oz*.

LIBERTO.— ¡Sí! ¡Bien papá! ¿Cómo lo has adivinado?

ISMAEL.— Es tu película clásica favorita. ¿A que sí?

Liberto asiente con una sonrisa. Elvira sale de la cocina con una bandeja de croquetas.

ELVIRA.— Aquí tenéis. A mí se me ha quitado el hambre.

Elvira deja la bandeja sobre la mesa y sube por la escalera de caracol. Todos la miran sin saber qué decir.

Oscuro.

ESCENA 7

Es por la tarde. Liberto está sentado en el sofá del salón, merendando leche y galletas. La jaula de su hámster está colocada sobre la mesa. Coge una galleta y la pega a los barrotes.

LIBERTO.— Currito, ven aquí, Currito. Mira lo que tengo para ti... Muy bien... Aquí, aquí... ¿Te gusta? ¿No? A mi tampoco me gustan mucho. No son las auténticas. Yo sabía que tú también te ibas a dar cuenta. Mi madre las compra de marca falsa porque dice que son iguales que las verdaderas, pero no se parecen en nada. Las copias baratas nunca superan a las originales.

Gaspar baja por la escalera de caracol y se acerca a Liberto.

GASPAR.— ¿Qué haces, niño?

LIBERTO.— Merendando.

GASPAR.— Buena idea. Creo que yo también voy a tomar algo.

Gaspar se adentra en la cocina mientras Liberto sigue llamando a su hámster.

LIBERTO.— Currito... Currito...

Gaspar sale de la cocina con un vaso vacío en la mano. Se sienta en su balancín y se echa leche del cartón que hay sobre la mesa.

LIBERTO.— *(A Currito)* Toma, te la dejo aquí, para luego. *(Liberto abre la trampilla de la jaula y le mete la galleta dentro)* Pero no se lo digas a mi madre que dice que si te doy galletas te vas a volver diabético.

GASPAR.— Nunca me has dicho por qué lo llamaste Currito.

LIBERTO.— Por la mascota de la Expo.

GASPAR.— ¿La Expo? ¡Pero si tú en el 92 todavía no habías nacido!

LIBERTO.— Eso da igual. Me gusta la Expo. Fue muy importante para Sevilla. He leído mucho sobre ella y he visto fotos.

GASPAR.— Contigo nunca dejaré de sorprenderme. *(Pausa)* ¿Y qué es lo que más te ha llamado la atención?

LIBERTO.— La esfera bioclimática. Es mi cosa favorita de la Expo.

GASPAR.— ¿El qué?

LIBERTO.— La esfera bioclimática. ¿No te acuerdas? Tú sí que habías nacido...

GASPAR.— *(Después de unos segundos)* Ah, la bola aquella que echaba agua... Cosa curiosa, sí. *(Pausa)* Pues para mí, la Expo ahora no es más que un solar abandonado lleno de pabellones en ruinas y escombros.

LIBERTO.— La esfera bioclimática aún sigue en pie. A veces voy a verla, aunque ya no funciona. Pero no se lo digas a mi madre. No quiere que vaya porque dice que por allí solo hay drogadictos.

GASPAR.— ¿Y por qué te interesa tanto todo lo relacionado con la meteorología y el clima?

LIBERTO.— Me gusta saber el tiempo que va a hacer. El tiempo es lo único que es igual para todos.

GASPAR.— Pero nunca hace el mismo tiempo en todo el mundo...

LIBERTO.— Puede que hoy haga sol aquí y tormenta en otra ciudad. Pero si hace calor aquí, hace calor para todos. Y si está lloviendo en otro lugar, llueve también para todos.

Pausa. Gaspar se queda pensativo al escuchar las palabras de Liberto.

GASPAR.— Tienes toda la razón. Nunca había pensado en el tiempo como un símbolo de igualdad... *(Pausa)* Eso que has dicho es muy interesante, niño...

Suena el timbre. Liberto pega un brinco del sofá, deja el vaso sobre la mesa y corre hacia la puerta con la intención de abrir.

LIBERTO.— ¡Seguro que son papá y mamá!

GASPAR.— Asegúrate de que son ellos antes de abrir. Mira primero por la mirilla.

Liberto ignora las palabras de su abuelo y abre sin mirar antes por la mirilla.

VENDEDOR.— ¡Hola joven! Me gustaría hablar con la señora de la casa. ¿Se encuentra en este momento?

LIBERTO.— ¿La señora de la casa? Aquí la única mujer que vive es mi madre y ahora mismo no está. ¿Qué quieres?

VENDEDOR.— Mi nombre es Mateo. Encantado.

El Vendedor da un apretón de manos a Liberto, que lo mira entusiasmado.

Vengo a darles a conocer la nueva gama de utensilios de cocina de Kit & Kitchen.

LIBERTO.— Yo soy Liberto. Mi madre está al llegar. Si quieres esperarla en el salón...

*Liberto deja pasar al Vendedor, que se adentra en el salón.
Gaspar se levanta del sofá inmediatamente y se dirige al
Vendedor.*

GASPAR.— *(Al Vendedor)* No, no, gracias. Puede marcharse. No
haga caso a mi nieto. No necesitamos nada.

VENDEDOR.— ¡Buenas tardes, caballero! ¿Es usted el señor de la
casa?

GASPAR.— No me haga la pelota y váyase. Se lo pido por favor.

VENDEDOR.— ¿No quiere conocer la nueva gama de utensilios de
cocina de Kit & Kitchen?

GASPAR.— Ya le he dicho que no. Márchese de mi casa ahora
mismo o llamo a los perros.

VENDEDOR.— ¿Perros?

GASPAR.— Sí, dos dóbermanns adiestrados para tirarse a la yugular
de los vendedores pesados que vienen a molestar a esta casa.
(Improvisando) ¡Rocky! ¡Chucky! ¡Venid aquí!

VENDEDOR.— No... no... no será necesario. Disculpe las molestias,
caballero. Ha sido un placer.

El vendedor abandona el piso con celeridad.

GASPAR.— El placer ha sido mío. Adiós.

Gaspar cierra la puerta con brusquedad y se escucha un sonoro portazo.

Liberto, te he dicho que miraras por la mirilla antes de abrir la puerta. ¡Que sea la última vez que dejas entrar en casa a un extraño! Y menos aún aquí, en Madrid, que el que no quiere robarte quiere venderte algo. ¡El caso es sacarnos el dinero de alguna manera!

Liberto vuelve al sofá, cabizbajo. Se sienta, coge su vaso y remueve sin parar la leche con la cucharilla. Gaspar se acerca de nuevo a él y apoya su mano en su rodilla.

No pasa nada, niño. Me he puesto un poco nervioso pero es que... *(Pausa)* ¿Tú no crees que cada día me parezco más a tu madre?

Liberto levanta la vista del vaso y mira a Gaspar cómplicemente. Se ríen.

Bueno, vamos a seguir hablando tú y yo de nuestras cosas. Me decías que te interesa mucho todo lo relacionado con el tiempo...

LIBERTO.— Sí, es lo que más me gusta.

GASPAR.— Mañana vas a empezar las clases en el curso ese en el que te has matriculado, ¿no?

LIBERTO.— Sí. Pero no quiero ir. Es un curso de Técnico en Climatización.

GASPAR.— Suena interesante...

LIBERTO.— No. Seguro que es una basura. Suena a máquinas de aire acondicionado y filtros.

GASPAR.— ¿Y por qué te has apuntado?

LIBERTO.— Me han obligado. Mis padres quieren que tenga un oficio pero ninguno me ha preguntado qué es lo que YO quiero hacer.

GASPAR.— Pues voy a tener yo ese honor, entonces. ¿Qué quieres ser de mayor?

LIBERTO.— Meteorólogo. Y comentar el tiempo en televisión.

GASPAR.— ¡Un hombre del tiempo! Me parece estupendo. Además, con lo bien que se te da memorizar textos y recitarlos perfectamente...

LIBERTO.— *(Con entusiasmo)* ¿De verdad piensas que es una buena idea?

GASPAR.— Por supuesto. Incluso podrías trabajar con tu padre, en la misma cadena. *(Pausa)* Ya sabía yo que nuestro código secreto iba a tener mucho futuro...

LIBERTO.— ¡¡Shhh...!! Nadie más puede conocer nuestro código secreto...

GASPAR.— Tienes razón. ¡¡¡Shhhhh...!!! *(Pausa)* Ahora, cuando venga tu padre, vamos a pedirle que te enchufe. Seguro que necesitan a un becario.

LIBERTO.— *(Asustado)* ¿¡Que me enchufe!?

GASPAR.— Quiero decir... que seguro que tu padre puede hablar con alguien de su trabajo para que puedas hacer unas prácticas allí.

LIBERTO.— ¡Eso, eso! Unas prácticas...

Se escucha el sonido de la cerradura y se abre la puerta. Elvira e Ismael entran en el piso cargados con bolsas de la compra. Liberto se levanta rápidamente y se acerca hasta ellos.

¡Papá, mamá, ya sé lo que quiero ser de mayor! Lo he decidido con el abuelo.

ELVIRA.— Dinos, hijo, dinos.

LIBERTO.— ¡Quiero ser meteorólogo y presentar el tiempo en televisión!

ELVIRA.— ¿Meteorólogo? Eso es una profesión muy difícil. Hay que estudiar mucho.

LIBERTO.— Estudiaré lo que haga falta.

Ismael se adentra en la cocina para llevar las bolsas de la compra mientras Elvira permanece en el salón.

ELVIRA.— Además, la gente te echará la culpa si te equivocas...

ISMAEL.— *(Off)* A mí me parece muy bien, Líber. Pero antes tienes que hacer el curso de climatización. Todos los meteorólogos tienen ese título.

ELVIRA.— *(A Ismael)* No le engañes. Ya tengo bastante con que mi padre le regale los oídos con falsas esperanzas.

GASPAR.— Ya sospechaba yo que mi nombre saldría tarde o temprano en esta conversación. Y eso que he estado calladito. *(Pausa)* Pues a mí me parece perfecto. Cada uno tiene que luchar por sus sueños.

LIBERTO.— ¡Yo quiero ser meteorólogo!

ELVIRA.— *(A Gaspar)* Cada uno tiene que luchar por aprender un oficio y ganarse la vida por sí mismo.

GASPAR.— Seguro que Ismael le puede echar una manita en su cadena. Un becario nunca viene mal.

Ismael sale de la cocina.

ISMAEL.— A mí no me metáis en esto, que bastante tengo ya con mantener mi propio puesto de trabajo.

ELVIRA.— *(Sarcástica. A Ismael,)* Ahora ya no te parece tan buena idea, ¿verdad? En cuanto tu hijo necesita tu ayuda, ahí estás tú, dándole la espalda.

ISMAEL.— No pongas a Liberto en mi contra. *(A Gaspar)* La culpa de todo la tiene usted, que le llena la cabeza de pájaros.

GASPAR.— ¡Otra vez yo! No me metáis en vuestras discusiones. ¡A ver si no voy a poder hablar con mi nieto!

LIBERTO.— ¡No soy un niño! ¡Y tampoco un retrasado! ¡Ya veréis cuando tenga dieciocho! Voy a hacer lo que me dé la gana sin vuestro permiso. ¡Y voy a ser meteorólogo!

Liberto sube apresuradamente por la escalera de caracol. Todos se miran sorprendidos y avergonzados.

Oscuro.

ESCENA 8

Es por la mañana, temprano. Elvira está sentada en el escritorio, frente al ordenador. Hay una taza de café en la mesa. Está concentrada en la pantalla mientras trabaja con el ratón y el teclado. Coge la taza y bebe un sorbo de café.

El sonido del teléfono interrumpe su concentración. Elvira levanta la vista de la pantalla y descuelga el aparato.

ELVIRA.— ¿Sí? (...) No, no, gracias. No estoy interesada en cambiar. (...) Me gusta la que tengo, gracias. (...) No, ya le he dicho que no quiero cambiar de Compañía. (...) Porque no, estoy bien así. (...) No, no quiero ahorrar. (...) Por favor, no insista. (...) Estoy intentado ser amable con usted. (...) Ya le he dado una explicación. (...) Mire, voy a colgar porque estoy muy ocupada. (...) Sí, les llamaré si cambio de opinión. Gracias. (...) Adiós, adiós.

Elvira cuelga el teléfono con un gesto de alivio y continúa su trabajo frente al ordenador.

Tras de unos segundos, el teléfono suena de nuevo. Elvira mira el aparato con recelo. No lo coge. Después de varios tonos, la llamada termina.

Elvira coge la taza de nuevo y bebe todo su contenido de un trago. Parece estar agobiada por el tiempo. Deja la taza en el escritorio y vuelve a hacer uso del ratón, concentrada en la pantalla.

El teléfono suena de otra vez. Elvira eleva la vista al techo y, tras un hondo suspiro de hartazgo, lo coge.

ELVIRA.— ¡Por favor, no insistan! ¡Ya les he dicho que no quiero contratar nada! (...) Ah, Lucas, ¿eres tú? (...) Disculpa, es que pensé que era otra vez uno de esos teleoperadores que no paran de llamar. (...) Lllaman a casa todos los días. Son incansables. (...) Eso mismo pienso yo. Este acoso debería estar prohibido por ley. (...) Sí, en eso estaba ahora, terminando los últimos detalles de las ilustraciones. Esta vez he tenido que dedicarle muchas horas. (...) Pues porque estoy acostumbrada a dibujar motivos divertidos, a plasmar los sueños de los niños y... nunca hasta ahora me habían encargado ilustrar miedos infantiles. Ha sido un reto difícil. (...) No, no, ya los tengo prácticamente terminados. ¿Cuándo me dijiste que se publicaba la colección de cuentos? (...) Bueno, pues tú dirás cuándo quieres que nos reunamos. (...) ¿Y no puede ser el viernes? Es que el jueves es el cumpleaños de mi hijo y me gustaría pasarlo con él. (...) Te lo agradezco, Lucas. El viernes, entonces. (...) No, no te preocupes por eso. Prefiero

entregártelos en persona. No me fío de la red. Además, así podré ver tu reacción de primera mano. (...) Sí, iré en tren probablemente, en el AVE... (...) De acuerdo, te aviso cuando esté llegando y me recoges en Santa Justa. (...) Cuidate, Lucas. Adiós.

Elvira cuelga el teléfono y aparece Gaspar, que baja por la escalera de caracol.

GASPAR.— ¡Maldito teléfono! ¡En esta casa no hay quien duerma!

ELVIRA.— Voy a tener que restringir las llamadas. Estos operadores no entienden lo que significa “no”.

GASPAR.— Yo empleo un lenguaje universal para que lo entiendan.

ELVIRA.— ¿Cuál?

Gaspar se sienta en su balancín.

GASPAR.— Les cuelgo el teléfono. Eso lo entiende todo el mundo.

(Pausa) Con lo que me cuesta a mí pegar ojo...

Elvira se levanta de la silla del escritorio y se acerca hasta Gaspar. Se sienta en el sofá.

ELVIRA.— Bueno, papá, son las once de la mañana. Digo yo que algo habrás dormido.

GASPAR.— Ya sabes que no duermo bien. Desde hace años. Para ser exactos desde que...

ELVIRA.— Papá, no empieces con lo de siempre. *(Pausa)* ¿Te preparo el desayuno?

GASPAR.— Era mi mujer y tengo todo el derecho a recordarla cada vez que quiera.

ELVIRA.— También era mi madre. Y lo pasé muy mal cuando murió. No quiero recordar eso todos los días.

GASPAR.— Recordar es importante. No entiendo por qué te empeñas en convertir su muerte en un tabú. Lo hace todavía más doloroso.

ELVIRA.— No, más doloroso me resulta revivir su enfermedad cada vez que hablas de ella. Quiero pensar que está descansando, sin más.

GASPAR.— Puedes pensar lo que quieras, pero no va a volver. *(Pausa)* Lo único que me queda de ella es su recuerdo. No me lo arrebatas.

ELVIRA.— Voy a traerte una taza de café. Está recién hecho.

Elvira se levanta del sofá y entra en la cocina.

GASPAR.— Me sorprende que con lo recurrente que es el tema de la muerte para ti, no podamos hablar de la única muerte real que hemos vivido de cerca.

ELVIRA.— *(Off)* No quiero seguir hablando de eso.

GASPAR.— Entonces hablaremos de otro tema que tengo pendiente contigo.

Elvira sale de la cocina con la taza de café para Gaspar. Se la deja en la mesa baja y se vuelve a sentar en el sofá.

ELVIRA.— ¿Ha pasado algo?

GASPAR.— ¿Estamos solos en el piso?

ELVIRA.— Sí. Ismael está en el trabajo, y Liberto, en el curso. Hoy es su primer día de clase.

GASPAR.— Bien. No quiero que nos escuchen.

ELVIRA.— Me estás asustando.

GASPAR.— Es sobre Liberto. No me parece bien cómo lo tratas. Solo quería que lo supieras. *(Pausa)* Mientras yo viva en esta casa, le daré la razón cuando crea que la tenga. Aunque te enfades conmigo.

ELVIRA.— ¿Crees que lo trato mal? ¡Cómo puedes pensar eso!

GASPAR.— No. Mal, no. Creo que lo tratas como a un niño. Y Liberto ya es un hombre. Yo también soy padre, y sé que para un padre, un hijo siempre es pequeño. Pero eso, el hijo nunca debe percibirlo.

Gaspar alarga su brazo y coge la taza de café. Bebe un sorbo y la vuelve a dejar en la mesa.

ELVIRA.— Todo lo que le digo, todo lo que hago, es para protegerlo. Me preocupa qué será de él el día de mañana.

GASPAR.— Preocúpate primero por lo que es de él ahora, en el presente. Liberto no es feliz porque cree que los demás pensamos que es un inútil.

ELVIRA.— Me da miedo que se equivoque, que le hagan daño. No es como los demás chicos de su edad...

GASPAR.— Tú también te has equivocado muchas veces. Y yo, y todos. Eso es vivir. No puedes estar decidiendo siempre por él.

ELVIRA.— Yo no decido por él. Solamente le aconsejo.

GASPAR.— ¿Lo aconsejas? Primero lo matriculas, contra su voluntad, en el curso ese privado de climatización, que seguro que está lleno de niños ricos que no dan palo al agua y de ovejas descarriadas que no saben qué hacer con su vida...

ELVIRA.— Quiero que tenga un oficio, un trabajo, para que pueda ganarse la vida sin depender de nadie...

GASPAR.— Y luego, en un instante y sin temblarte la voz siquiera, le tiras por tierra su sueño de ser meteorólogo.

ELVIRA.— Los dos sabemos que Liberto nunca llegará a ser meteorólogo. ¿Sabes cuántas personas se ganan la vida en España con ese trabajo?

GASPAR.— ¿Sabes cuántas personas se ganan la vida en España ilustrando cuentos infantiles? ¿Y sabes lo que pensamos tu madre y yo cuando nos dijiste que te querías dedicar a eso?

ELVIRA.— *(Cabizbaja)* Lo supongo.

GASPAR.— Sin embargo, nos llamamos y te dejamos seguir tu camino. ¡Como si nos hubieras dicho que ibas a estudiar unas oposiciones! ¿Te hubiera gustado que nos comportáramos como tú lo estás haciendo ahora con Liberto?

ELVIRA.— Es diferente. Liberto es especial.

GASPAR.— ¿Especial? Todos somos especiales.

ELVIRA.— Ya sabes a qué me refiero...

GASPAR.— Liberto es exactamente igual que tú y que yo. Es más, es mucho más listo y más sensible que cualquiera de nosotros. No le haces ningún favor tratándolo como si fuera retrasado.

ELVIRA.— No utilices esa palabra.

GASPAR.— Pues no lo trates como si lo fuera.

ELVIRA.— Para ti es muy fácil hablar. Pero no sabes lo que supone tener un hijo con síndrome de Asperger.

GASPAR.— ¡El síndrome ése es la invención de unos científicos que quieren ponerle nombre a todo! Si fuera por ellos todos tendríamos algún síndrome. De Diógenes, de Munchausen, de Estocolmo, y hasta del Túnel carpiano...

ELVIRA.— No, papá. Liberto tiene Asperger. *(Pausa)* Diagnosticado. *(Pausa)* No es ninguna invención.

GASPAR.— Mi nieto no tiene nada. Me he documentado. Las personas con Asperger son poco sociables, carecen de empatía, solo comprenden el uso literal del lenguaje...

ELVIRA.— No todas las personas con el síndrome tienen los mismos síntomas, los mismos rasgos...

GASPAR.— Mi nieto habla con todo el mundo, demuestra sus sentimientos y es capaz de entender metáforas, como la del tiempo.

ELVIRA.— Ese progreso te lo debe a ti. Te has esforzado mucho. Pero es una excepción. Tú lo sabes.

GASPAR.— ¡Deja de buscar una excusa para tratarlo como a un niño!

ELVIRA.— Ahora eres tú el que no quiere hablar de las cosas. Yo lo he asumido. Tú puedes hacerlo también.

GASPAR.— ¡Yo no tengo que asumir nada! *(Pausa)* A lo mejor le cuesta más hacer o aprender algunas cosas, pero todo en esta vida es cuestión de esfuerzo y ayuda. Y yo le voy a seguir ayudando cada día. Tú deberías hacer lo mismo.

Silencio. Pausa.

ELVIRA.— ¿Sabes por qué no hemos tenido más hijos Ismael y yo? *(Pausa)* Porque me da miedo que nazca también con el síndrome. Así que no me digas... que mi hijo no tiene nada. Tú no sabes lo que es vivir con ese miedo.

La voz de Elvira se quiebra. Gaspar le coge las manos y la mira a los ojos. Elvira agacha la cabeza. Silencio.

GASPAR.— Quizás sí lo sepa...

Elvira levanta la vista hacia su padre. Silencio. Gaspar traga saliva.

Tu madre y yo tuvimos otro hijo antes de tenerte a ti. Murió a los pocos días de nacer, de un fallo cardiaco. *(Pausa)* Si hubiéramos pensado como tú, ahora no estarías aquí.

Gaspar agacha la cabeza y coge temblorosamente la taza de café. Bebe un sorbo y la vuelve a dejar sobre la mesa. Silencio.

ELVIRA.— ¿Por qué no me lo has contado nunca?

GASPAR.— Supongo que dentro de cada uno se esconde un tema tabú. No me gusta hablar de eso.

Los ojos de Gaspar se humedecen. Su voz se entrecorta. Elvira lo abraza cariñosamente mientras intenta contener las lágrimas.

He sobrevivido a un hijo y a mi mujer. Créeme que no hay nada más doloroso en la vida de un hombre. *(Pausa)* Yo solo te pido que seas un poco más transigente con Liberto. Que lo hagas por ti y por él. Liberto necesita una madre que lo apoye y lo comprenda. ¿Qué recuerdo crees que tendrá de ti dentro de unos años?

Silencio.

Te recordará como la persona que decidía siempre por él pero que nunca se ponía en su lugar.

ELVIRA.— Liberto no es rencoroso.

GASPAR.— Afortunadamente para ti. Pero no tienes a la suerte porque las personas cambian. Y la mayoría de las veces, a peor.

Silencio.

ELVIRA.— Puede que tengas razón. *(Pausa)* Quizás estoy siendo demasiado dura con él.

GASPAR.— El primer paso es darle a Liberto un poco más de independencia. Ya sabes, dejar que se quede solo en casa o que vaya a hacer algún recado. *(Pausa)* ¡Ya basta de utilizarme a mí como chico de compañía! Que yo estoy de buen ver, pero ya sabes que mi tipo era más como tu madre.

Elvira ríe con la ocurrencia de Gaspar. Se miran cariñosamente.

ELVIRA.— Si mamá viera cómo te preocupas por tu nieto...

Silencio.

GASPAR.— Me gusta que hables de ella alguna vez.

Elvira le acaricia el pelo en un gesto cariñoso.

Voy a ducharme, hija.

Gaspar se levanta de su balancín y sube por la escalera de caracol. Elvira, por su parte, recoge la taza de la mesa y se adentra en la cocina.

Oscuro.

ESCENA 9

Escena intemporal. Irreal, quizás. O quizás, no. Iluminación fría.

El salón está en penumbra. Elvira se encuentra sentada frente al escritorio, iluminada por el reflejo azulado que proyecta la pantalla del ordenador. Sobre la mesa, además, hay una lamparita que desprende una tenue luz azul, y la jaula del hámster de Liberto.

En el centro del salón, de pie e inmóvil, se encuentra Liberto, iluminado por un cañón de luz azulada.

Elvira le empieza a hablar al hámster mientras observa sus ilustraciones en la pantalla del ordenador.

ELVIRA.— Sabes, Currito, nunca me había parado a pensar en los miedos infantiles. Algunos son comunes a la mayoría de los niños. El miedo a la tormenta, por ejemplo...

Se empieza a escuchar sonido de tormenta mientras Liberto, con mímica, simula estar bajo una. Sostiene un paraguas que lucha contra el viento. Destellos de relámpagos. Elvira habla ajena a esta situación.

A la mayoría de los niños le da miedo la tormenta. Relámpagos, truenos... *(Pausa)* A veces parece que el mundo va a saltar por los aires. Sobre todo, si es de noche. *(Pausa)* En la madrugada es cuando las tormentas suelen descargar toda su furia.

El sonido y las luces de tormenta cesan. Se escuchan sonidos de búhos y de grillos. Liberto se pone de cuclillas y se cubre la cabeza con las manos. Elvira continúa hablando ajena a esto.

Y aunque no llueva, la noche, por sí sola, también forma parte del imaginario de las pesadillas infantiles. La oscuridad, las calles solitarias, el silencio. *(Pausa)* Es como si el corazón del mundo se detuviera durante unas horas para latir con más fuerza al día siguiente.

El sonido de búhos y grillos cesa. Liberto se pone en pie, de nuevo, y se mueve por todo el salón buscando diferentes escondites, huyendo de "los malos". Primero se esconde detrás del sofá, luego bajo la mesa, y más tarde sube, peldaño a peldaño, por la escalera de caracol hasta desaparecer.

La noche suele ser, además, el escenario donde actúan *los malos* más temidos por los niños. *(Pausa)* En el fondo, su invención es un acto de crueldad por parte de los adultos. *(Pausa)* El Coco, uno de los más populares, suele aparecer en las brumas de la noche, en la oscuridad de los rincones de las casas, cuando los niños no obedecen a sus padres. *(Pausa)* O el Hombre del saco, un extraño que roba a los niños perdidos por

las calles. *(Pausa)* Dicen que fue un caso real, en Barcelona, hace muchos años. Lo llamaban el viejo del costal porque siempre iba cargado con uno. *(Pausa)* Una pista de su maldad. Ojalá fuera siempre tan fácil distinguirlos.

Liberto baja lentamente por la escalera de caracol. Se detiene a la mitad y se sienta en uno de los peldaños. Escucha atentamente a Elvira.

Hoy hay buenos que parecen malos y malos que parecen buenos. Lobos con piel de cordero y corderos con piel de lobo. *(Pausa)* Ya quedan pocos lobos con piel de lobo. Y muchos menos corderos con piel de cordero. Ahora las apariencias suelen engañar. Nadie está a salvo. *(Pausa. A Currito)* Bueno, tú, sí. Ahí, en tu jaulita, nadie puede hacerte daño.

Elvira abre cuidadosamente la trampilla de la jaula y mete su mano para coger al hámster.

¿Te escondes de mí? No quiero asustarte, te dejo tranquilo. *(Pausa)* ¿Sabes? Me gustaría que los miedos de los adultos fueran pasajeros, como los de los niños. Nosotros vamos sumando miedos, día tras día, y a veces cargamos con una mochila demasiado pesada. *(Pausa)* Si fuera más inconsciente quizás también sería más feliz. Y mi familia también lo sería.

Liberto esboza una sonrisa, mostrando su aprobación a las palabras de su madre.

Pero no puedo. *(Pausa)* Este es el tiempo en el que me ha tocado vivir y no debo mirar para otro lado. Y menos aún con un hijo en el mundo.

Liberto apaga su sonrisa bruscamente, mostrando decepción. Se levanta del peldaño y sube cansadamente por la escalera de caracol.

Elvira acerca su cara a la reja de la jaula. Se dirige a Currito.

¿Y tú? Todavía no has dicho ni una palabra. *(Pausa)* ¿Cuáles son tus miedos?

Oscuro.

ESCENA 10

Es por la tarde. Liberto está en el salón. Ha puesto su música favorita en el ordenador y baila apasionadamente. Va de un lado a otro dando saltos y gritándole a su hámster, que está en su jaula encima del mueble del escritorio.

LIBERTO.— ¡Por fin! ¡Tú y yo solos, Currito! ¡Hoy es el primer día de nuestra nueva vida! *(Pausa)* Y a partir de mañana todo va a ser diferente. ¿Sabes por qué? *(Pausa)* ¡Porque voy a cumplir dieciocho años! ¡Dieciocho! ¡Y vamos a hacer lo que nos dé la gana! ¡Como ahora mismo!

Suena el timbre. Liberto va rápidamente hacia la puerta y mira por la mirilla. Observa a través de ella durante unos segundos. Corre hacia el ordenador y apaga la música.

(A Currito) ¡¡Shhhhh!! (Susurrando) No hagas ruido que nos van a oír...

El timbre vuelve a sonar. Liberto vuelve hasta la puerta y mira de nuevo por la mirilla. Duda. Finalmente abre. Se trata de un hombre y una mujer de unos treinta años, bien vestidos, con gesto amable.

HOMBRE.— ¡Hola! ¡Buenas tardes!

LIBERTO.— ¡Hola!

HOMBRE.— Mi nombre es Pedro.

MUJER.— Y el mío Pilar.

LIBERTO.— Yo soy Liberto. Si han venido a vender algo tendré que llamar a los perros.

HOMBRE.— Mucho gusto, Liberto.

El matrimonio cruza el umbral de la puerta y se detiene en la entrada del piso. El Hombre le da un apretón de manos a Liberto.

MUJER.— No, tranquilo. Nosotros no vendemos nada. Somos un joven matrimonio católico que vamos por las casas para ayudar a quien nos necesite.

LIBERTO.— ¿Gratis?

HOMBRE.— Claro, hombre de Dios, claro.

LIBERTO.— Yo necesito ayuda. ¿Puedo pedirlos lo que sea?

HOMBRE.— Prueba a ver...

LIBERTO.— Necesito encontrar un trabajo de meteorólogo.

La pareja ríe tímidamente con la ocurrencia de Liberto, que ríe también.

MUJER.— La ayuda que ofrecemos va encaminada a fortalecer la fe...

HOMBRE.— Nosotros hablamos de Dios, leemos pasajes de la Biblia, conversamos para buscar soluciones a los problemas cotidianos...

LIBERTO.— Me gusta conversar. Pasad, pasad.

Liberto les hace un gesto con la mano derecha para que se adentren en el salón pero el matrimonio católico no se mueve.

MUJER.— ¿Estás tú solo en el piso?

LIBERTO.— No. Bueno, sí. Mi madre y mi abuelo están a punto de llegar. A ellos les interesan mucho estos temas. Son muy creyentes. Podéis esperarlos en el salón.

HOMBRE.— ¿Estás seguro?

LIBERTO.— Sí, sí, pasad.

El matrimonio católico se sienta en el sofá. Liberto va a la cocina y sale de ella con dos vasos y una botella de agua.

Tomad y bebed.

MUJER.— *Todos de Él...*

LIBERTO.— *(Confuso. Mira su vaso)* ¿De quién? *(Pausa)* No. He traído un vaso para cada uno.

La pareja ríe con el comentario de Liberto que, extrañado por la reacción del matrimonio, ríe también.

HOMBRE.— Bueno, Liberto, ¿y de qué quieres que hablemos?

LIBERTO.— Quiero saberlo todo sobre Dios.

MUJER.— ¿Tú tienes novia?

LIBERTO.— *(Intimidado)* Yo no hablo de mi vida privada, como los famosos de la tele. Además, ¿eso tiene que ver con Dios?

HOMBRE.— Sí, y mucho. El amor es muy importante para Dios. Del amor entre un hombre y una mujer puede nacer una criatura.

LIBERTO.— ¿Y qué pasa si el amor es entre dos mujeres? A nuestra vecina le gustan las mujeres.

MUJER.— Eso no está bien, Liberto. Dios creó al hombre y a la mujer para que se enamoraran, tuvieran hijos y formaran una familia.

LIBERTO.— Yo creo que ella es buena. Me dijo que me iba a hacer una tarta por mi cumpleaños y no me pidió nada a cambio.

MUJER.— Estoy segura de que tu vecina es una buena persona, pero necesita ayuda...

LIBERTO.— ¿Ayuda?

MUJER.— Seguramente estará confundida. A algunas personas les pasa. Se han perdido en el camino de Dios y tienen dudas.

LIBERTO.— ¿Eso significa que va a ir al infierno? ¿Dónde está el infierno?

HOMBRE.— No es fácil de explicar...

LIBERTO.— Mi madre dice que Madrid es el infierno en la Tierra.

HOMBRE.— *(Se ríe)* Calor sí que hace, sí...

LIBERTO.— Yo no quiero ir al infierno. Decídselo a Dios. Quiero ir al cielo, con mi abuela.

MUJER.— Tú tienes cara de bueno. Seguro que eres un chico excelente.

LIBERTO.— ¿Cómo lo sabes? Mis padres dicen que las apariencias engañan.

MUJER.— La fe nos hace ver lo que hay dentro de las personas, en su interior. Y yo estoy convencida de que tú tienes un corazón muy grande.

LIBERTO.— ¿Cómo lo sabes? ¿Cuál es el truco para saberlo?

HOMBRE.— ¿Truco? No hay truco. Es cuestión de tiempo. Solo hay que esperar un poco.

Se escucha el sonido de la cerradura. La puerta se abre y entran Gaspar y Elvira. Elvira se sorprende al ver a dos extraños en su salón y corre hacia ellos.

ELVIRA.— ¿Quiénes son ustedes? ¿Cómo han entrado?

HOMBRE.— Bueno, su hijo nos dijo que...

ELVIRA.— ¿Mi hijo? ¡No ven que es solo un niño! ¿Qué hacen en mi casa?

LIBERTO.— ¡No soy un niño! (*A Elvira*) Y son mis amigos. Estamos hablando de Dios, para que te enteres.

GASPAR.— ¿Son de una secta?

MUJER.— No, no. Somos un matrimonio cristiano que vamos por las casas...

GASPAR.— Pues eso, de una secta.

LIBERTO.— *(A Gaspar)* ¡No venden nada! ¡No quieren dinero, solo quieren hablar!

HOMBRE.— *(A Elvira)* Liberto nos dijo que ustedes eran muy creyentes...

ELVIRA.— Yo solo creo en mi familia, en mi casa y en mi trabajo.

MUJER.— Ayudamos a las personas con problemas.

ELVIRA.— Los problemas que yo tengo no se resuelven hablando.

GASPAR.— Y mucho menos rezando.

ELVIRA.— Márchense de mi casa ahora mismo, por favor. Mi hijo es menor de edad. ¡Cómo se han atrevido...! Podría denunciarlos si quisiera.

Elvira señala con el dedo la puerta de la casa y Gaspar acompaña al joven matrimonio hasta ella.

LIBERTO.— ¡Venid a partir de mañana, tendré dieciocho! ¡Ya no os podrán decir nada!

El matrimonio, confuso, mira a Liberto sin entender nada. Gaspar cierra la puerta y se acerca a su hija.

ELVIRA.— Liberto, ¿cuántas veces te hemos dicho que no le abras la puerta a nadie? ¡No te das cuenta de que te podrían haber hecho algo!

LIBERTO.— Iban bien vestidos Quería saber qué querían. No estábamos haciendo nada malo.

ELVIRA.— Las malas personas no llevan un cartel colgado. Podrían haber sido ladrones, delincuentes, estafadores, criminales...

Liberto agacha la cabeza.

GASPAR.— *(A Elvira, conciliador)* Lo importante ahora es que no ha sucedido nada. Ojalá las religiones hubieran sido siempre tan inofensivas. *(A Liberto, serio)* Niño, quedamos en que no le ibas a abrir la puerta a nadie. A ningún extraño. ¡A ninguno!

Liberto, que mira al suelo, levanta la vista en busca de la indulgencia y la complicidad de Gaspar.

LIBERTO.— Abuelo, ¿ha pasado ya la tormenta?

GASPAR.— Ahora no, niño. No es el momento.

ELVIRA.— Nos has decepcionado, Liberto. Sobre todo a tu abuelo. No volveremos a confiar en ti. Nunca más.

Liberto mira a su abuelo y rompe a llorar. Avergonzado, se marcha a su habitación.

Oscuro.

ESCENA 11

Es de noche, de madrugada. Liberto está solo en el salón sentado en el sofá viendo la televisión. Sigue con atención un call tv, uno de esos concursos telefónicos nocturnos de mecánica simple: descubrir palabras y frases a partir de unas pistas muy evidentes. Durante toda la escena se escucha de fondo el sonido del programa.

Mientras tanto escribe en una libreta que tiene sobre la mesa. Alternativamente, contesta en alto a los acertijos del concurso y escribe en el cuaderno algo que no parece tener que ver con el programa.

Se oye el ruido de la cerradura de la puerta y entra Ismael, que llega del trabajo. Se sorprende al ver a Liberto aún levantado.

ISMAEL.— ¡Liberto! ¿Todavía estás despierto?

LIBERTO.— Papá... Qué pronto has llegado.

Ismael se descalza y se pone las zapatillas de estar en casa. Se acerca al sofá por detrás y le toca el pelo a Liberto cariñosamente.

ISMAEL.— ¿Pronto? Tienes que revisar tu sentido del tiempo, hijo.

LIBERTO.— Otros días llegas más tarde.

ISMAEL.— ¿Y tú cómo lo sabes? No me habrás puesto un detective privado, ¿no?

Liberto sonríe por el comentario de Ismael.

LIBERTO.— Te oigo llegar. Y luego te escucho acercarte a mi puerta y decirme “buenas noches”.

ISMAEL.— No sabía que te hacías el dormido para no contestarme...

LIBERTO.— No lo hago. Te vas siempre antes de que me dé tiempo a hacerlo.

Pausa. Silencio. Ismael se sienta en el balancín.

¡No puedes sentarte ahí! Ése es el balancín del abuelo.

ISMAEL.— Pero ahora no está... *(Pausa)* ¡Qué cómodo! Ahora entiendo por qué no se levanta de aquí en todo el día.

Liberto sonríe por el comentario de su padre.

¿Y qué estás haciendo? (*Dirige su mirada a la tele encendida*) No estarás enganchado a uno de esos concursos telefónicos de acertijos, ¿no?

LIBERTO.— Me gusta adivinar las palabras. Aunque son demasiado fáciles. Es un programa para niños.

ISMAEL.— Es un timo. No llames nunca.

LIBERTO.— ¿Cómo lo sabes?

ISMAEL.— Hazme caso. Trabajo en la tele. (*Ismael se percata de la libreta que hay encima de la mesa*) ¿Y esa libreta? ¿Estás haciendo una lista de los regalos que quieres por tu cumple? Te aviso de que ya es demasiado tarde porque yo ya tengo el tuyo.

LIBERTO.— No, estaba escribiendo unas cosas.

Liberto coge la libreta de la mesa y se la lleva al pecho.

ISMAEL.— Unas cosas... Cuánto misterio...

LIBERTO.— Puedo decírtelo si quieres. No es un secreto.

ISMAEL.— Soy todo oídos.

LIBERTO.— Estoy escribiendo dos listas. Una, con las cosas que tengo que dejar de hacer a partir de mañana, porque ya no soy un niño; y otra, con las cosas que quiero hacer en mi nueva vida de hombre adulto.

ISMAEL.— De hombre adulto... *(Pausa)* Eso me hace sentir muy viejo, Líber. *(Pausa)* Pues cuéntame, ¿qué has escrito?

Liberto se despega el cuaderno del pecho y empieza a leer en voz alta.

LIBERTO.— Lista número uno: cosas que tengo que dejar de hacer cuando cumpla dieciocho. Primero: dejar de comer galletas. Los adultos no comen galletas.

ISMAEL.— ¡Pero si las galletas son una de las mejores cosas de este mundo! *(Pausa)* Aunque si es tu decisión, la aceptaremos. Ya no compraremos más, entonces.

Liberto escucha las palabras de Ismael y lo mira arrepentido.

LIBERTO.— Bueno, este punto tengo que revisarlo...

Ismael sonríe.

Te leo el siguiente. *(Pausa. Lee)* Segundo: dejar de hablar con Currito. Solo los niños hablan con sus mascotas.

ISMAEL.— ¿Quieres saber una cosa? Yo, a veces, también le hablo. Es un hámster muy inteligente. Estoy seguro de que entiende todo lo que le decimos.

LIBERTO.— A mamá no le gusta que hable con él. Dice que solo los locos hablan con los animales.

ISMAEL.— Ya sabes que tu madre es un poco exagerada. Es más, creo recordar que un día la sorprendí mientras le hablaba. Disimuló como si estuviera cantando...

Liberto sonríe cómplicemente con Ismael. Lee.

LIBERTO.— Y tercero: dejar de levantarme tarde. Los adultos se despiertan temprano para aprovechar el día.

ISMAEL.— En eso te voy a dar la razón. Así tendrás más tiempo para estudiar, para salir y para hacer lo que te apetezca. *(Pausa)* Sigue.

LIBERTO.— No hay más. Solo son tres. En mi segunda lista también hay tres cosas.

ISMAEL.— Te escucho.

LIBERTO.— Lista número dos: cosas que quiero hacer cuando cumpla dieciocho. Primero: dejarme barba. Está de moda.

ISMAEL.— *(Sorprendido)* ¿Y cómo sabes tú que está de moda?

LIBERTO.— Lo he oído en la tele. Además, ahora todos los presentadores llevan barba.

ISMAEL.— Me gusta tu idea. ¿Quieres que nos dejemos barba los dos?

LIBERTO.— Vale. Pero tú tienes que empezar más tarde porque te crece más rápido.

ISMAEL.— No hay problema.

Liberto asiente con la cabeza. Ismael sonríe. Liberto sigue leyendo.

LIBERTO.— Segundo: conseguir una novia y viajar por todo el mundo.

Ismael estira su brazo y le hace cosquillas a Liberto en la cintura.

ISMAEL.— No te habrá gustado alguna chica de tu clase, ¿no?

Liberto se ríe por las cosquillas.

LIBERTO.— No, no...

ISMAEL.— ¿Seguro? Te estás poniendo rojo. Eso es que sí...

LIBERTO.— Que no, de verdad. Son muy tímidas. *(Pausa)* Apenas hablan conmigo...

Las palabras de Liberto provocan un momento de silencio entre ambos. Ismael retoma la conversación.

ISMAEL.— Bueno, ¿y a dónde te gustaría viajar?

LIBERTO.— A Japón, a Australia, a Canadá... Cuando tenga dinero voy a dar la vuelta al mundo. Voy a visitar todos los países y os voy a comprar un montón de regalos.

Ismael deja de sonreír. Mira a Liberto con tristeza. Tiene un nudo en la garganta. Intenta disimular y sigue hablando.

ISMAEL.— ¿Y tercero?

LIBERTO.— *(Lee)* Y tercero: ser el hombre del tiempo en los informativos presentados por mi padre. *(Deja de leer)* O sea, por ti.

Silencio. Ismael, emocionado, mira a Liberto, que le devuelve la mirada con una sonrisa.

ISMAEL.— ¿Tú crees que yo seré algún día el presentador de los informativos?

LIBERTO.— Sí. Estoy seguro. Una vez lo soñé.

Ismael contiene las lágrimas. Liberto lo mira con admiración.

¿Y tú, papá? ¿Crees que algún día yo seré el hombre del tiempo?

Silencio. Ismael está a punto de llorar. Traga saliva. Respira hondo.

ISMAEL.— Claro que sí, hijo mío. *(Pausa)* Estoy seguro.

LIBERTO.— ¿También lo has soñado?

ISMAEL.— No. Lo sé porque te lo mereces. *(Pausa)* Te mereces lo mejor.

Ismael, conmovido, se levanta del sofá y le da un cariñoso beso en la frente a Liberto.

Líber, me voy a la cama que hoy estoy muy cansado. No te acuestes tarde, que mañana es tu gran día.

LIBERTO.— Buenas noches, papá.

Ismael sube por la escalera de caracol. Liberto se queda a solas.

Oscuro.

ESCENA 12

Escena intemporal. Irreal, quizás. O quizás, no. Iluminación fría.

Ismael y Liberto parecen tener unos años más. Ismael está sentado frente al escritorio con la postura típica de presentador de informativos. Lleva traje y corbata, y habla al frente, a una supuesta cámara. Una luz azulada ilumina este rincón. El resto del salón está a oscuras.

ISMAEL.— Aquí termina la información de hoy. Muchas gracias por estar al otro lado. Y no olviden que para seguir informados durante la madrugada pueden consultar nuestra página Web. *(Pausa)* Mañana volveremos a primera hora del día con nuestra edición matinal. Les dejamos ahora con la información meteorológica. Buenas noches y que descansen.

Suena una música típica de cabecera de informativos. La música cesa y un cañón de luz azulada ilumina a Liberto, que está de pié en el centro del salón. Va también enchaquetado y habla al frente mientras señala a su derecha, con sus brazos, diferentes puntos en un imaginario mapa de España.

LIBERTO.— Buenas noches. Mañana, prácticamente en toda España, tiempo muy parecido al de hoy. *(Pausa)* Ligeramente descenso de las temperaturas en la comunidad gallega, y algunos chubascos débiles en la cordillera cantábrica. *(Pausa)* Parece que el otoño solo ha hecho acto de presencia en el norte, porque en el resto del país tendremos cielos despejados y altas temperaturas en el sur, que rozarán los 35º en Córdoba y en Sevilla. *(Pausa)* Y en Canarias, una intensa calima barrerá las islas orientales del archipiélago desde primera hora del día. *(Pausa)* Esto es todo por hoy. Que pasen una feliz noche.

Liberto congela su sonrisa mirando al frente durante un instante, y tras unos segundos de silencio...

VOZ FEMENINA.— *(Off)* ¡Estamos fuera!

Ismael se levanta de su silla y se acerca a Liberto mientras se desanuda la corbata. Con un gesto cariñoso, le pasa una mano por encima de los hombros.

ISMAEL.— Parece que llevas toda la vida haciendo esto, hijo. Es increíble lo rápido que has aprendido el lenguaje televisivo.

LIBERTO.— Bueno, he tenido un buen maestro...

ISMAEL.— Sabes cómo llegar a la gente en sus casas. Eso no puede enseñarse.

LIBERTO.— Lo habré heredado, entonces. ¡Benditos genes!

Ismael y Liberto ríen cómplicemente

ISMAEL.— Eres comunicativo, transparente... *(Pausa)* Tu abuelo estaría muy orgulloso de ti. *(Pausa)*

LIBERTO.— Ojalá estuviera aquí para verlo. Siempre me apoyó. *(Pausa)* Tú tampoco has estado nada mal. Aunque deberías intentar no poner esa cara de seductor cuando cuentas un suceso.

ISMAEL.— ¡No hago eso!

LIBERTO.— No, a veces también pones cara de tener ganas de ir al baño... sobre todo en las noticias de catástrofes.

Liberto imita la cara de su padre, que ríe.

ISMAEL.— Eso sí es verdad. Es un truco que me dieron cuando empecé. Si piensas en que te estás aguantando una meada, el rostro transmite cierto dramatismo, perfecto para dar algunas noticias.

LIBERTO.— Eres un monstruo. Seguro que hacías lo mismo cuando me regañabas de pequeño.

ISMAEL.— Hablando de pequeños, ¿cómo está el tuyo? Tú madre y yo habíamos pensado ir a verlo mañana por la mañana. ¡Está como loca con su nieto!

LIBERTO.— Yo creo que mamá está ovulando de nuevo. ¡Ten cuidado no la vayas a dejar embarazada!

Más risas entre Ismael y Liberto.

ISMAEL.— Dice que es clavadito a ti.

LIBERTO.— En realidad, seguro que piensa que es clavadito a ella.

ISMAEL.— Yo creo que se parece más a tu mujer.

LIBERTO.— Yo también lo creo. Es más, se parece mucho a ella y demasiado poco a mí... ¡A ver si va a ser de otro!

Ríen otra vez.

ISMAEL.— Para saberlo tendremos que esperar a ver si se quiere dedicar también a esto. *(Pausa)* Le dejaremos que presente la información deportiva

LIBERTO.— Sí, o la crónica social. Estoy convencido de que dentro de unos años los informativos tendrán su propia sección de noticias del corazón.

Ismael se ríe con la ocurrencia de Liberto.

Oscuro.

ESCENA 13

Es por la tarde. Ismael, Elvira y Gaspar están en el salón esperando a Liberto, que aún no ha vuelto de clase. Le han preparado una fiesta sorpresa para celebrar su cumpleaños.

El salón está decorado para la ocasión: globos por todas partes, platos y vasos de colores...

GASPAR.— *(A Elvira, irónico)* No sé si te has pasado un poco con los globos...

ELVIRA.— No seas aguafiestas. En todos los cumpleaños hay globos de colores.

GASPAR.— En todos los cumpleaños de niños de menos de diez años, querrás decir.

ISMAEL.— No empecéis a discutir ahora, que Liberto está a punto de volver de clase.

ELVIRA.— Eso, venga papá, escóndete. *(A Ismael)* Y tú, con él. Poneos al otro lado de la escalera para que no os vea nada más entrar.

GASPAR.— Avísame cuando pasemos a la parte divertida.

ELVIRA.— ¡Papá! ¿Qué te cuesta?

Suena el timbre. Ismael y Gaspar van hacia la escalera. Elvira espera a que se hayan escondido y, entonces, abre la puerta.

TODOS.— ¡SORPRE... SA...!

Es la Vecina, que sostiene en sus manos una bandeja con una tarta.

VECINA.— ¡Qué recibimiento! Si me tratáis siempre así voy a volver más a menudo.

ELVIRA.— *(Decepcionada)* Ah, eres tú. Hola, Mónica.

VECINA.— Buenas tardes, chica. He venido a traerle esta tarta a Liberto, por su cumple. Está recién hecha.

La Vecina observa la decoración cumpleaños del salón y busca con la mirada a alguna persona más. Ismael y Gaspar siguen escondidos.

Elvira coge la bandeja y hace el amago de cerrar la puerta para despedir a la Vecina.

ELVIRA.— Gracias, se la daré de tu parte cuando regrese. No tenías que haberte molestado.

La Vecina da un paso adelante y cruza el umbral de la puerta. Elvira, incómoda por su exceso de confianza, se gira hacia la mesa y deja la tarta sobre ella. La Vecina aprovecha para adentrarse totalmente en el salón.

VECINA.— Tranquila, no es molestia. Me encanta la repostería. El chocolate es uno de mis vicios confesables...

La Vecina ríe con su ocurrencia y se percata de que Ismael y Gaspar están escondidos tras la escalera.

¡Hola vecinos! ¿No estaréis haciendo manitas, ahí escondidos?

ISMAEL.— Hola, Mónica.

La Vecina se gira hacia la mesa y observa la comida. Picotea algo ante el gesto incómodo de Elvira.

GASPAR.— *(Por lo bajini, a Ismael)* ¿Quién la ha invitado?

ISMAEL.— Parece que no necesita invitación.

Ismael saca de su bolsillo una llave y se la enseña a Gaspar.

Mire, he hecho una copia de la llave del piso para dejársela a algún vecino, por precaución. ¿Cree que Mónica es una buena opción?

Gaspar coge la llave y la mira.

GASPAR.— ¿Mi hija sabe lo de la copia?

Ismael niega con la cabeza.

Yo lo hablaría con ella primero. Creo que Mónica no es santo de su devoción. Es capaz de pensar que va a entrar a escondidas a robarle sus bragas de la mesita de noche.

ISMAEL.— Sí, creo que tiene razón.

La puerta del piso sigue abierta. Se escucha el sonido del ascensor. Gaspar le devuelve la llave a Ismael.

Déjela ahí mismo, en el lapicero. Si me la vuelvo a guardar en el bolsillo, la voy a perder. Y cambiar dos veces la cerradura en la misma semana me parece excesivo.

Gaspar deja la llave en el lapicero del escritorio.

ELVIRA.— ¿Habéis oído el ascensor? Ya está subiendo. *(A la Vecina)*
¡Rápido, cierra la puerta!

Elvira y la Vecina se sitúan cada una a un lado de la puerta, mientras Ismael y Gaspar se esconden de nuevo tras la escalera.

GASPAR.— *(A Ismael)* Si todos vamos a gritar a la vez, ¿por qué nosotros tenemos que estar escondidos?

ISMAEL.— *(A Gaspar)* Pregúnteselo a su hija.

GASPAR.— *(Con sorna)* ¡Cómo han cambiado los tiempos! Las mujeres, en primera línea de fuego. Y nosotros, los hombres, agazapados en la sombra.

ISMAEL.— Habla como si hubiera vivido alguna guerra.

GASPAR.— Vivo con vosotros. Libro batallas a diario.

Suena el timbre. Elvira abre de nuevo la puerta.

TODOS.— ¡SORPRESA!

Liberto, sorprendido, entra sonriente en el piso. Está feliz. Observa los globos por todo el salón, los platos y vasos de colores en la mesa... Progresivamente, su gran sonrisa se torna en media sonrisa, y poco después en gesto de decepción.

ELVIRA.— ¡Feliz cumpleaños, hijo!

VECINA.— ¡Te he traído la tarta que te prometí! *(Señalando a la mesa)* Ahí está, ¿te gusta?

Elvira le da dos efusivos besos a Liberto mientras Ismael y Gaspar salen de su escondite y se acercan hasta él.

ISMAEL.— ¡Felicidades, Liber! Mira todo lo que te hemos preparado. ¿No es genial?

LIBERTO.— Cumplo dieciocho, no ocho.

GASPAR.— *(A Elvira)* Te lo dije. *(A Liberto)* ¡Vamos a explotar todos los globos! ¡Que no quede ni uno! ¡Venga, Liberto!

LIBERTO.— No, da igual. Currito se va asustar con el ruido.

GASPAR.— Si me das unos minutos, consigo una de esas bailarinas que salen de las tartas...

VECINA.— Yo conozco a un par de ellas, ¿las llamo?

Elvira clava su mirada en Gaspar y luego en la Vecina.

ELVIRA.— Por favor, esto no es una despedida de soltero.

GASPAR.— No hace falta que lo jures. *(A Liberto, por lo bajini)* Bueno, ya nos iremos tú y yo a celebrarlo por ahí, en condiciones. ¡Que dieciocho años no se cumplen todos los días!

ISMAEL.— ¡Y ahora los regalos!

LIBERTO.— ¡Sí, los regalos!

Elvira abre un cajón del mueble de la entrada y saca un paquete envuelto en papel de regalo. Liberto mira el estampado infantil del papel.

ELVIRA.— ¡No digas nada de los dibujos que lo que importa es lo que hay dentro!

ISMAEL.— Es de tu madre y mío. Tú abuelo a preferido ir de independiente.

Liberto abre entusiasmado el paquete.

LIBERTO.— ¡Una maquinilla de afeitarse eléctrica! *(Pausa. Mira la caja detenidamente)* ¡Y se puede utilizar en la ducha!

ELVIRA.— En la ducha, no. ¡A ver si te vas a electrocutar!

VECINA.— *(A Elvira)* ¡Que no, mujer! Yo uso una parecida para las piernas. *(Se remanga la falda por un lado y sube su pierna izquierda)* Mira, toca. *(Desliza su mano sobre su pierna)* ¡Suave como el culito de un bebé!

LIBERTO.— *(Le enseña la caja de la maquinilla a Elvira y señala con el dedo)* Lo pone aquí.

ISMAEL.— Ya eres un hombre, y los hombres se afeitan todos los días. Aunque como ahora nos vamos a dejar barba, la puedes utilizar para recortarte las patillas.

ELVIRA.— ¿Barba?

Liberto mira cómplicemente a su padre, que le devuelve el gesto.

LIBERTO.— Cosas de hombres, mamá.

GASPAR.— La maquinilla de afeitar está muy bien, pero ahora viene el plato fuerte.

LIBERTO.— ¿Qué me has comprado, abuelo? ¡Dámelo, dámelo ya!

GASPAR.— Tienes que ir a buscarlo. Está abajo, en el trastero.

Liberto los mira a todos, intrigado. Elvira está extrañada.

LIBERTO.— Dame las llaves, papá. ¡Rápido!

Ismael le da las llaves y Liberto corre hacia la puerta.

VECINA.— ¡Voy contigo!

ELVIRA.— ¡Mira por la mirilla antes de abrir!

GASPAR.— *(A Elvira)* Hija, estás obsesionada.

Liberto, acompañado por la Vecina, sale del piso.

ELVIRA.— ¿Tú no me habías dicho que le ibas a comprar unos juegos de mesa?

GASPAR.— Sí. Eso te dije.

ELVIRA.— ¿Me mentiste?

GASPAR.— No exactamente. Cambié de idea.

ELVIRA.— ¡Me mentiste!

GASPAR.— Todos tenemos derecho a cambiar. Y si es para mejor...

ELVIRA.— Eso lo descubriremos ahora.

Liberto entra en casa montado en bicicleta, dando gritos de alegría. Elvira lanza a Gaspar una mirada asesina.

GASPAR.— Liberto pasa mucho tiempo en casa. Pensé que sería bueno que le diera un poco el aire.

ELVIRA.— *(Con retintín)* Con la poca fuerza que dices tener para cargar, incluso, las bolsas de la compra, no sé cómo has sido capaz de traer la bici hasta aquí tú solito.

GASPAR.— Bueno, he contado con un buen ayudante...

Gaspar hace un gesto hacia Ismael, y Elvira lo mira con intimidación.

ELVIRA.— *(A Ismael)* ¿Tú? *(Pausa)* Con lo peligrosa que es esta ciudad para los ciclistas. Solo coches y más coches. Sois unos inconscientes.

ISMAEL.— Aquí hay muchos kilómetros de carril bici.

ELVIRA.— ¡Nadie respeta el carril bici! Está lleno de indigentes que arrastran sus carros llenos de chatarra.

ISMAEL.— *(A Elvira)* Tengamos la fiesta en paz.

GASPAR.— Nunca mejor dicho.

LIBERTO.— Gracias abuelo. ¡Ha sido el mejor regalo!

GASPAR.— ¡Y ahora, a comer tarta!

VECINA.— *(A Liberto)* ¡Primero, tienes que soplar las velas! Voy a encenderlas.

La Vecina saca un mechero del bolsillo y empieza a encender las velas, una a una.

ELVIRA.— *(A la Vecina)* Cuidado con el humo. Puede saltar la alarma de incendios.

GASPAR.— Hija, son solo unas velas, no las hogueras de San Juan.

La tarta está encendida. Liberto se pone frente a ella y los demás se sitúan a los lados.

ISMAEL.— Antes de soplar tienes que pedir un deseo, Liber.

LIBERTO.— Mi deseo es...

VECINA.— No puedes decirlo en alto. Si no, no se cumple.

LIBERTO.— ¡Eso es mentira! Nunca los digo en alto y nunca se me han cumplido. Este año voy a hacerlo al revés. *(Pausa)* Mi deseo es...

GASPAR.— *(A la Vecina, por lo bajini)* Yo ya lo sé. Quiere ser meteorólogo.

La vecina escucha las palabras de Gaspar, sorprendida, y mira a Ismael y a Elvira, que asienten con la cabeza. Se preparan para aplaudir.

LIBERTO.— Mi deseo es... es... ¡ser libre! Encontrar un trabajo, independizarme y vivir solo.

Liberto, pletórico, apaga las velas de un solo soplido. La Vecina y Gaspar aplauden. Elvira e Ismael se quedan inmóviles, paralizados por las palabras de su hijo. La sonrisa congelada de

Elvira se torna en gesto triste y ojos llorosos. Ismael traga saliva y coge la mano de su mujer. Se miran sin decir nada.

GASPAR.— ¡Vamos a brindar por tu deseo!

Elvira intenta refugiar su mirada en la de su padre, pero Gaspar la mira con dureza, como si la culpaba del deseo de Liberto.

(A Elvira) Sabíamos que este día iba a llegar. Era cuestión de tiempo.

ISMAEL.— (A Elvira) Quizás somos los culpables de sus ansias de libertad...

Liberto empieza a coger comida de la mesa. Elvira se lleva una mano a los ojos. Intenta contener las lágrimas.

GASPAR.— Llamasteis a vuestro hijo, Liberto. Con ese nombre estaba predestinado.

VECINA.— (Incómoda por la situación) Voy a ir partiendo la tarta. Es de tres chocolates. Ya veréis, está de rechupete.

ELVIRA.— Voy un momento al baño. Ahora vuelvo.

Elvira sube por la escalera de caracol mientras el resto empieza a comer tarta.

Oscuro.

ESCENA 14

Es por la mañana, temprano. Elvira e Ismael están desayunando en el salón. Ismael lleva una ropa parecida a la de siempre pero Elvira viste de manera arreglada.

ISMAEL.— ¿A qué hora tienes que estar en la estación?

ELVIRA.— A las nueve. Lucas me compró los billetes. Ha sido un detalle por su parte.

ISMAEL.— Si te hubiera puesto la reunión en mi día libre podríamos haber ido en coche y, de paso, traernos algunas cosas de casa.

ELVIRA.— Bastante hizo con retrasarla un día para que pudiera pasar con Liberto el día de su cumpleaños. Aunque no sé si me mereció la pena.

ISMAEL.— No le des más vueltas a lo que dijo. Todo va a seguir igual, ya lo verás.

ELVIRA.— No. Ha cambiado. Nos mira de otra manera.

ISMAEL.— Nos mira como siempre.

ELVIRA.— No. Ya te darás cuenta. *(Pausa)* Aunque no estoy preocupada solo por eso. También, por la reunión.

ISMAEL.— ¿Por qué? Llevas trabajando para la editorial muchos años. Siempre te han felicitado por tus trabajos.

ELVIRA.— Esta vez es diferente. No estoy segura de mis ilustraciones. Me ha costado mucho darle forma a las pesadillas infantiles. No sé si lo que he hecho es lo que me pidieron.

ISMAEL.— ¿Quieres que les eche un vistazo?

Silencio. Elvira baja la mirada. Echa una cucharadita de azúcar en su taza y remueve el café.

No importa. Sé que no te gusta enseñarlas antes de que salgan publicadas.

ELVIRA.— Te las voy a enseñar. *(Pausa)* Con una condición. Quiero que me digas la verdad. Sin condescendencia.

Elvira se levanta y se acerca al escritorio. Coge un archivador y saca algunos diseños impresos. Vuelve con ellos a la mesa donde sigue desayunando Ismael.

ISMAEL.— Voy a ser totalmente sincero. Te lo prometo.

ELVIRA.— Ten. Estas son algunas de las que llevo impresas. Me gusta enseñar mis favoritas en papel.

Ismael coge una servilleta y se limpia la boca y las manos. Coge las ilustraciones y empieza a observarlas detenidamente.

ELVIRA.— ¿Qué te parecen? Dime algo.

ISMAEL.— Espera, las estoy terminando de ver.

ELVIRA.— Son demasiado tristes para un libro infantil ¿verdad?

ISMAEL.— ¿Tristes...? *(Pausa)* No. Yo diría que son, quizás, demasiado graves. *(Pausa)* Aunque son muy originales.

ELVIRA.— ¿Graves?

ISMAEL.— Sí, demasiado oscuras, turbias... *(Pausa)* Pero para un libro de historias de miedo son perfectas.

ELVIRA.— No. Tienes razón, yo también lo pienso.

ISMAEL.— ¿Sabes lo que creo? *(Pausa)* Hay mucho de ti en estos dibujos.

ELVIRA.— Lo sé. Me he dado cuenta después de acabarlos.

ISMAEL.— *(Irónico)* Algunos psiquiatras estarían dispuestos a encerrarte por ellos.

ELVIRA.— Algunos psiquiatras deberían dedicar menos tiempo a investigar las mentes de los demás, y más a estudiar las suyas propias.

ISMAEL.— Ahora en serio, están muy bien. Además, los niños de hoy están acostumbrados a ver todo tipo de imágenes en televisión. No les vas a crear ningún trauma.

Elvira recoge las ilustraciones de la mesa y las guarda de nuevo en su carpeta. Liberto baja por la escalera de caracol.

ELVIRA.— ¡Buenos días! ¿Qué haces levantado tan temprano?

LIBERTO.— Hoy es el primer día de mi nueva vida. Y soy un hombre muy ocupado. Tengo muchas cosas que hacer.

Liberto se acerca a la mesa y se dispone a desayunar.

ISMAEL.— ¿Te refieres a tu nueva vida de adulto?

LIBERTO.— Exacto.

Elvira le da una bolsa con cruasanes.

ELVIRA.— Toma, para que desayunes.

LIBERTO.— ¡Cruasanes recién hechos! ¿Son de la vecina?

ISMAEL.— No, los ha comprado tu madre esta mañana en la panadería nueva que han abierto aquí abajo.

Liberto coge el cartón de leche que hay sobre la mesa y se llena un vaso. Moja en él un cruasán y empieza a comer.

ELVIRA.— Fui a por el periódico para el abuelo y, de paso... *(Pausa)*
Así ya no tenéis que salir de casa para nada hasta que nosotros volvamos.

ISMAEL.— *(A Elvira)* Voy a subir a cepillarme los dientes. Cuando baje, nos vamos, que hoy no puedo llegar tarde.

ELVIRA.— Si quieres cojo el metro hasta Atocha.

ISMAEL.— No, te acerco en coche. Tengo que preparar un directo por allí. Por lo visto ha habido un tiroteo cerca de la estación esta mañana.

ELVIRA.— Para que luego digas que me invento las cosas...

Ismael sube por la escalera de caracol hasta el baño.

LIBERTO.— ¿Ya os vais?

ELVIRA.— Sí. *(Pausa)* Y, Liberto, por favor. No enciendas el fuego. Si tienes que calentar algo, utiliza el microondas.

LIBERTO.— Vale.

ELVIRA.— ¡Pero no te acerques mientras esté encendido, que las ondas son perjudiciales!

LIBERTO.— Sí, mamá. Siempre me lo dices.

ELVIRA.— Y ten cuidado también con las ventanas. No te asomes demasiado.

LIBERTO.— Lo sé. Y también sé que la cabeza pesa más que el cuerpo.

Ismael baja por la escalera de caracol con una chaqueta en una mano y una libreta en la otra.

ELVIRA.— Y no le abras la puerta a nadie...

LIBERTO.— ¡Que nooo, pesada!

ISMAEL.— Elvira, por favor, que Liberto ya tiene dieciocho.

Ismael le guiña un ojo a Liberto, que sonríe cómplicemente.

ELVIRA.— De acuerdo, ya no digo nada más. *(Pausa)* Esto de que mi hijo se haya hecho un hombre de un día para otro solo me ha ocurrido a mí y a la virgen María. *(Pausa)* ¡Tengo que acostumbrarme! *(Pausa)* Voy a por mi bolso.

ISMAEL.— ¿Ahora tienes que subir? Al final vas a perder el tren. Voy sacando el coche. Te espero en la calle.

Ismael sale del piso y Elvira sube rápidamente por la escalera de caracol. Liberto sigue desayunando. Después de unos segundos

baja de nuevo, ya con el bolso. Se acerca a Liberto y le da un beso en la mejilla.

ELVIRA.— Pórtate bien. Y no hagas ruido, que tu abuelo aún sigue durmiendo y sabes que tiene mal despertar. Así que, si vas a escuchar música, ponte los cascos. ¡Pero no pongas el volumen muy alto que te puedes quedar sordo! ¿De acuerdo?

LIBERTO.—Hasta lueeeego.

Elvira sale del piso. Liberto queda a solas, desayunando.

Oscuro.

ESCENA 15

Escena intemporal. Irreal, quizás. O quizás, no. Iluminación fría.

El escenario está a oscuras. De repente, un palco lateral del teatro se ilumina con una luz azulada. En él se encuentran sentados, en sendas butacas, como dos espectadores más, Elvira y Liberto.

Elvira se asoma y señala con su mano algún punto del patio de butacas.

ELVIRA.— ¿Ves a toda esta gente? Son extraños. *(Pausa)* Hay que tener cuidado con ellos. Hoy día, y sobre todo en las grandes ciudades, tenemos que tener mucha prudencia con la gente. *(Pausa)* Cualquiera puede hacernos daño.

LIBERTO.— Nosotros también somos unos extraños para ellos. Y no hacemos daño a nadie.

ELVIRA.— La gente no es como nosotros, Liberto. No es como tú. Las personas se acercan unas a otras por necesidad. Por interés. Siempre hay un motivo, una razón.

LIBERTO.— Yo me acerco a los demás para hablar. Me gusta hablar con la gente.

ELVIRA.— Lo sé. Pero los demás siempre suelen querer algo más.
(Pausa) Siempre intentan pedir algo a cambio.

LIBERTO.— Yo nunca pido nada.

Elvira coge a Liberto del brazo y le hace un gesto para que se levante de su butaca y se asome por el palco.

ELVIRA.— Mira a todas esas personas. (Pausa) ¿Cómo podemos saber en quién podemos confiar? Es imposible. Lo más inteligente es no fiarse de nadie.

LIBERTO.— También hay gente buena.

ELVIRA.— Poca. Muy poca. Casi todos esconden algo. Solo hay que esperar un poco para descubrir de qué se trata.

LIBERTO.— ¿Nuestra familia también esconde algo?

ELVIRA.— No. Nuestra familia, no.

LIBERTO.— ¿Cómo estás tan segura?

ELVIRA.— Nosotros siempre hemos podido confiar los unos en los otros. Nunca nos hemos defraudado. Por eso tú tienes que estar siempre con nosotros, con tu familia. Nosotros nunca te vamos a fallar.

Silencio.

LIBERTO.— *(Señalando con el dedo)* A lo mejor aquel hombre de allí tampoco ha decepcionado nunca a nadie.

ELVIRA.— No lo sabemos.

LIBERTO.— O aquella chica. Tiene cara de buena persona.

ELVIRA.— Las malvados pasan desapercibidos. A veces, las personas más peligrosas son aquellas cuya apariencia disimula su amenaza. *(Pausa)* La vida es como un baile de máscaras. Nadie es quien dice ser.

LIBERTO.— Yo odio el Carnaval. No me gusta disfrazarme.

ELVIRA.— A mí, tampoco. La mayoría de los disfraces huelen a podrido.

Oscuro.

ESCENA 16

Es media mañana. Gaspar está en el salón sentado en su balancín. Lee tranquilamente el periódico.

Liberto interrumpe su paz y baja por la escalera de caracol haciendo ruido, moviéndose frenéticamente al ritmo de la música que escucha a través de unos auriculares.

Gaspar levanta su vista del periódico. Se gira para mirar a Liberto, que pasa por detrás del sofá.

GASPAR.— ¿A dónde vas?

Liberto se despega uno de los auriculares de sus oídos y responde en tono alto, gritando.

LIBERTO.— ¿QUÉ?

GASPAR.— ¡QUE DIGO QUE A DÓNDE VAS!

LIBERTO.— A LA COCINA, A BUSCAR ALGO DE COMER.
¿QUIERES ALGO?

GASPAR.— NO, NO, GRACIAS. *(Baja el tono)* Deberías bajar un poco el volumen. Te vas a hacer daño en los oídos.

LIBERTO.— ¿QUÉ?

GASPAR.— Nada, nada.

Liberto, que continúa bailando al ritmo de la música que escucha, sale de la cocina con una bolsa de patatas fritas y vuelve a subir a la planta de arriba. Gaspar se queda de nuevo solo en el salón, leyendo el periódico.

Después de unos segundos de tranquilidad, súbitamente, Gaspar deja caer el periódico al suelo y se lleva las manos al pecho. Con su mano derecha se agarra el brazo izquierdo y aprieta con fuerza sus dientes.

Gaspar gime de dolor e intenta, con un hilo de voz muy débil, llamar a Liberto.

Liberto, Liber... to... Lib...

Con los ojos vueltos y la mandíbula desencajada, Gaspar se tira del balancín y se arrastra lentamente por el suelo hasta llegar al escritorio. Cuando llega a él, levanta su brazo derecho y palpa a tientas la mesa hasta encontrar el teléfono. Lo agarra y lo baja hasta el suelo. Marca un número y se pone el auricular en la oreja.

¿Emergencias? (...) Necesito... necesito una ambulancia. (...) Creo que estoy sufriendo un... un infarto. (...) Gaspar Are... Arellano Calderón. (...) No, con mi nieto. (...) Sí. Avenida de Pablo Ne... Neruda 17, 3º D. (...) Sí, en Madrid. Vengan cuanto antes, por... favor...

Gaspar deja el teléfono descolgado y se queda tendido en el suelo, retorciéndose de dolor.

Liberto baja de nuevo por la escalera de caracol bailando con los cascos puestos y ve a Gaspar tirado en el suelo. Se quita rápidamente los auriculares, corre y se arrodilla ante él.

LIBERTO.— ¡Abuelo! ¡Abuelo! ¿Qué te pasa? ¡Abuelo!

GASPAR.— *(Balbuceando)* Liberto... niño... Li... ber...to...

Liberto, nervioso, se levanta y mira para todos los lados del salón. Agarra a Gaspar de las axilas y lo arrastra con gran esfuerzo hasta el sofá. Intenta cogerlo para subirlo encima pero no tiene fuerzas. Lo deja sentado en el suelo con la cabeza apoyada en el asiento del sofá.

LIBERTO.— ¡No te mueras, abuelo, no te mueras! Voy a llamar a mi madre.

Liberto va hasta el teléfono fijo, que está en el suelo, y marca un número. Después de varios segundos, cuelga.

¡No lo coge, abuelo! ¡No lo coge! *(Pausa)* Voy a llamar a mi padre.

Liberto marca de nuevo. Después de varios segundos, cuelga.

¡Lo tiene apagado!

Suena el timbre. Liberto corre hacia la puerta y mira por la mirilla. Se gira hacia Gaspar y vuelve a mirar por la mirilla. Se mueve nerviosamente. Hace el amago de abrir. Pega su cara a la puerta.

¿Quién es?

VOZ MASCULINA.— *(Off)* ¡Emergencias! ¿Puede abrirnos?

Liberto mira de nuevo a Gaspar y agarra el pomo de la puerta. Después de unos segundos, lo suelta.

LIBERTO.— No puedo. No... no os conozco de nada.

VOZ MASCULINA.— *(Off)* Hemos recibido un aviso desde aquí.

LIBERTO.— Yo no he llamado a nadie.

VOZ EN MASCULINA.— *(Off)* Gaspar Arellano Calderón

Liberto sorprendido, mira a Gaspar.

LIBERTO.— ¿Has sido tú, abuelo? *(Pausa)* ¡Dime!

Gaspar está semiinconsciente. Liberto va de un lado a otro del salón, nervioso, sin saber qué hacer. Se arrodilla ante su abuelo.

Igual han venido a ayudarnos. ¿Te vas a enfadar conmigo si les abro?

El timbre suena con insistencia.

Ya tengo dieciocho. ¡Y me dijiste que podría hacer lo que quisiera!

Liberto se pone en pie de nuevo y va hasta la puerta. Coge el pomo y lo gira.

¡No puedo abrir!

Liberto intenta girar el pomo hacia los dos lados, sin éxito. Acerca sus ojos a la cerradura.

¡La llave está echada! ¡No puedo abrir! ¡Mi abuelo se muere!

VOZ MASCULINA.— *(Off)* ¡Tranquilo! Vamos a intentar abrir desde este lado.

Se escucha ruido de golpes al otro lado de la puerta. Liberto está asustado y mira a Gaspar, que le hace un gesto para que se acerque. Gaspar balbucea algo ininteligible.

LIBERTO.— ¿Qué? ¡Abuelo no te entiendo!

Gaspar agarra a Liberto del cuello de su camiseta y le dice algo al oído.

¿Llave? ¿Qué llave?

Gaspar saca fuerzas de flaqueza y señala con su brazo derecho el escritorio. Liberto corre hacia él y busca por los cajones, por las estanterías y, finalmente, vacía el lapicero.

Una llave cae al suelo. Liberto la coge rápidamente y corre hacia la puerta.

Oscuro.

EPÍLOGO

Mediodía. El salón está en penumbra. Las ventanas tienen las persianas medio bajadas y apenas entra claridad. No hay nadie. Han transcurrido dos días desde la Escena 16.

Suena la cerradura de la puerta, que se abre, y entran Ismael y Elvira, sin mirarse. A continuación entra Liberto empujando a Gaspar, en silla de ruedas.

Elvira se acerca a las ventanas y empieza a subir las persianas para que entre luz.

ELVIRA.— *(Con fingida normalidad)* Ya estamos todos en casa. Hemos tenido suerte de que fuera solo un amago.

ISMAEL.— ¿Suerte?

GASPAR.— *(A Elvira)* Se te olvida el pequeño detalle de que casi me muero y de que ahora estoy en silla de ruedas.

ELVIRA.— *(A Gaspar)* Lo siento mucho, papá. Mucho. *(Pausa)* Cómo iba a saber yo que... Solo quería protegeros.

ISMAEL.— Dejar encerrado a alguien no es la mejor forma de protegerlo de nada. *(Pausa)* Estás tan obsesionada con la gente, con los extraños, que no te has dado cuenta de que tú te has convertido en una desconocida, al menos para mí.

ELVIRA.— No digas eso, no es verdad.

ISMAEL.— Hablamos cada día sin decirnos nada. Nos oímos sin escucharnos. Te miro y no te reconozco. Somos unos desconocidos, Elvira. Unos auténticos desconocidos.

LIBERTO.— ¡No somos unos desconocidos! ¡Somos una familia!

ISMAEL.— *(A Elvira)* Tú estás demasiado preocupada por la vida, y nosotros, demasiado preocupados por vivir.

Elvira, cabizbaja, se sienta en el sofá.

Es una diferencia muy grande. Y no nos hemos dado cuenta hasta ahora.

ELVIRA.— Me gustaría afrontar las cosas de otra manera, pero no puedo. *(Su voz se quiebra)* Desde que nació Liberto yo...

Silencio.

ISMAEL.— *(A Elvira)* He intentado comprender tus miedos, justificarlos. Me he puesto muchas veces en tu piel para intentar descubrir qué pasa por tu cabeza. Pero no lo he

conseguido. Me rindo. *(Pausa)* Te agradezco que hayas venido hasta aquí, conmigo. Sé que para ti ha supuesto un gran esfuerzo, pero puedes volverte a Sevilla. *(A Liberto y a Gaspar)* Vosotros podéis hacer lo que queráis, quedaros en Madrid o ir con ella.

LIBERTO.— ¡Quiero vivir con los dos! ¡Somos una familia!

Elvira se levanta del sofá y se abraza a Liberto.

ELVIRA.— *(A Liberto)* Tranquilo, hijo...

Tras abrazar a Liberto, Elvira se acerca a Gaspar, se agacha y le coge la mano.

GASPAR.— Soy tu padre. Yo siempre estaré a tu lado. *(Pausa. Mira a Ismael y a Liberto)* Pero ellos pueden elegir. Esta vez has ido demasiado lejos.

ISMAEL.— *(A Elvira)* Durante todos estos años he intentado hacerte feliz, pero me lo has puesto muy difícil.

ELVIRA.— He sido muy feliz a tu lado.

ISMAEL.— No lo ha parecido.

Elvira se acerca a Ismael, le coge las manos y lo mira a los ojos.

ELVIRA.— Voy a intentar cambiar, vivir de otra manera, preocuparme menos...

ISMAEL.— Eso ya lo he oído muchas veces. Demasiadas.

ELVIRA.— Esta vez estoy convencida. Pero tenéis que ayudarme.
Sola no puedo.

GASPAR.— Sí que puedes. Sé valiente. ¡Libérate de tus miedos!
(Señalando con los brazos) Mira esta casa, estas paredes... ¡Vives protegida en esta jaula, pero tienes que aprender a vivir fuera de ella!

ISMAEL.— La vida no es esto, Elvira. Es otra cosa.

ELVIRA.— Lo sé. Y quiero vivirla con vosotros.

Elvira se aproxima a la pared lateral derecha, donde está la puerta que conduce a la cocina. La empuja con los brazos, con todas sus fuerzas. La pared sigue en pie.

¡No quiero tener miedo a salir de casa!

Todos se miran extrañados. Se pone de lado y empuja la pared con todo el cuerpo.

¡No quiero tener miedo a la gente!

La pared termina cayendo, tumbándose, como si de una plancha de madera se tratara.

Una tímida luz empieza a entrar en el piso por el lateral derecho. Es una luz discreta, aún tenue.

Elvira, con cara de satisfacción, se dirige al otro lado del salón. Elvira le hace un gesto con la mano a Ismael para que la acompañe. Ismael, extrañado, la sigue y la ayuda a empujar con fuerza la pared izquierda.

¡No quiero tener miedo a los acontecimientos! ¡No quiero tener miedo a las decisiones!

Después de empujar la pared durante unos segundos, finalmente se derrumba.

ISMAEL.— ¡Eso es, Elvira! ¡Puedes conseguirlo! Entre todos lo conseguiremos.

Entra más luz en el salón. Una luz más cálida, más brillante. Incluso se empieza a escuchar el leve sonido del canto de unos pájaros.

Elvira sonríe cada vez más convencida. Ismael y Gaspar la miran con orgullo.

Junto a su marido, y ahora también con la ayuda de Gaspar, en silla de ruedas, se acerca a la pared del fondo y empiezan a empujarla con fuerza.

ELVIRA.— ¡No quiero tener miedo al futuro! ¡Quiero disfrutar del presente!

GASPAR.— ¡Quiero...! (A *Elvira*) ¡Quiero que seas feliz! ¡Quiero que aprendas a convivir con tus recuerdos y que intentes vivir sin miedo!

Liberto los observa, inmóvil, desde el centro del salón. Elvira, Ismael y Gaspar consiguen derribar la pared frontal y la luz entra a bocajarro. Es una luz intensa, resplandeciente.

Elvira, Ismael, Gaspar se acercan hasta Liberto, que se encuentra en el centro del salón y le hacen señas con la mirada. Liberto no parece entender qué quieren decirle. Los mira a ellos y mira al frente sucesivas veces.

Después de unos segundos, Liberto, con la vista puesta en el infinito, se acerca al proscenio. Con gestos y movimientos de mímica, empieza a empujar la pared imaginaria que separa el escenario del patio de butacas.

LIBERTO.— ¡Quiero que sigamos siendo una familia! ¡Quiero que vivamos todos juntos!

GASPAR.— Pero, ¿tú no querías independizarte?

LIBERTO.— No. Yo solo quería ser feliz. Y puedo serlo a vuestro lado.

Liberto empuja con todas sus fuerzas para echar abajo la “cuarta pared”.

Liberto hace un gesto con las manos como si hubiera conseguido derribar la “cuarta pared”. Sigue su caída lentamente con la mirada y cuando su vista toca el suelo, una luz deslumbrante, cegadora, invade toda la escena. No se ve nada.

Después de unos segundos, la luz baja de intensidad. El salón se ha convertido en un espacio diáfano, abierto, como si estuviera en mitad de la naturaleza. Ismael, feliz, mira a su alrededor y estira los brazos.

ISMAEL.— Esto es la vida. O, al menos, una parte de ella. *(A Elvira)*
Bienvenida.

ELVIRA.— A partir de ahora viviremos todos aquí. Juntos, sin temores.

Elvira besa a Ismael.

GASPAR.— ¿Qué tiempo hace, Liberto?

Liberto mira a su alrededor durante unos segundos, fascinado por la claridad. Sonríe.

LIBERTO.— Pues... cielos totalmente despejados. Después de las fuertes tormentas de los últimos días, el sol se muestra en todo su esplendor y brilla con fuerza.

GASPAR.—Posiblemente, en el futuro, se vuelvan a cubrir los cielos, pero no importa. *(Pausa)* Ya no esperaremos a que cesen las tormentas. *(Pausa. Mira a Ismael, a Liberto, y por último, a su hija)* Hemos aprendido a bailar bajo la lluvia.

Oscuro, lento.

FIN